

El Cielo No Es Nuestro Hogar Sino La Tierra Renovada Es La Habitación De Los Santos Redimidos.

Primera Parte: Capítulos del 1 al 3 (páginas del original 5-75)

Referencia original: **Heaven Not Our Home**, But the Renovated Earth the Eternal Abode of the Redeemed Saints. (Blessed are the meek, for they shall inherit the earth – Jesus. The righteous shall inherit the land, and dwell therein forever – David.) London: Elliot Stock, 62 Paternoster Row. 1878. 299 pp.

Capturado por *Google Books* de la *Bibliotheca Bodleiana*, la cual lo recibió en febrero de 1878 y le anotó los números 141.m.672.

<http://books.google.com/books?id=NgkDAAAAQAAJ>

Este libro complementa a: <http://fdocc.ucoz.com/espera.doc>

I.

Probabilidad de la Restauración de la Tierra

¿Cuál es el propósito de la Tierra?

Su destrucción no es deseable

Si no es destruida, ¿permanecerá bajo maldición?

¿Será renovada?, ¿con qué propósito?

La Tierra formada para la habitación del hombre

El examen de obediencia no arbitrario

¿Qué hubiera sido el mundo si el hombre no hubiera pecado?

Las evidencias del alto destino del hombre se encuentran en el mundo

Considerando la unión de la naturaleza Divina y la naturaleza humana

El efecto probable de esto

Contrastado con nuestra condición presente

Las circunstancias de la caída, favorables para el ejercicio de la misericordia

El periodo de prueba después de la caída, indicativo de la restauración

El diseño de la perpetuidad visto en las circunstancias del diluvio

La esperanza de la restauración es universal

¿Porqué Dios destruiría la tierra después de que Él la ha llenado de Su gloria?

¿Dónde se encuentra un hogar mejor para la inmortalidad del hombre que en la tierra?

Propósito del libro

¿Cuál es el destino de la Tierra? Ésta es una interesante pregunta para el hombre, quien fue formado de su polvo, quien deriva su nutrición de su suelo, y que está destinado a regresar al suelo del que él fue tomado. ¿Quedará aniquilada por siempre? ¿Acaso éstas colinas y valles que ahora nos deleitan con su belleza – embellecidos por el recuerdo de nuestras actividades infantiles, embellecidos por el recuerdo de deportes y amistades juveniles, y cultivados y adornados por la labor de nuestra juventud – pasarán todos ellos? ¿Se desvanecerán como la brisa estas majestuosas montañas, esas poderosas estructuras que ahora admiramos con gran

contemplación, y que algunas veces coronan nuestros jardines? ¿O será descompuesta la inmensa masa de materia contenida en este vasto globo y se disolverá en formas etéreas que se desparramarán en el espacio volviéndose invisibles hasta que, “semejante a la etérea estructura de una visión, ninguna partícula quede”?

¿Quién, que reflexione sobre nuestra presente conexión con la tierra pudiera desear su aniquilación? Tanto la razón como la ciencia, tanto como pueden ellas hablar, en armonía con nuestros deseos, elevan sus voces en contra del exterminio de las cosas terrestres. Sin embargo, ni nuestros deseos, ni la razón, ni siquiera la ciencia, con todas sus investigaciones y descubrimientos, pueden predecir con certeza su destino. Éstos pudieran indicar perpetuidad, pero no pueden proveer evidencia contundente de que la tierra permanecerá por siempre como una masa sólida, o afirmar que la materia misma no podrá ser destruida debido a que no pueden probar que la materia es eterna. Y si se llega a admitir que la materia fue creada, nada más que la declaración expresa de su Creador puede mostrar que Él no se ha reservado para Sí Mismo el poder de destruir Su propio trabajo. De esto inferimos que la aniquilación o perpetuidad de la tierra depende completamente de la voluntad de Dios; y es solamente a partir de la revelación que Él ha dado de Su voluntad que nosotros podemos obtener certeza en este punto, así como un conocimiento definido.

Supongamos que la tierra jamás será aniquilada, sino que, conforme a las enseñanzas de la ciencia, debe de continuar por siempre llenando su lugar en este vasto sistema de cosas a las que ahora pertenece; ¿acaso por siempre permanecerá en su condición actual degenerada? ¿O acaso Dios en algún día futuro renovará su superficie y la revestirá de renovada belleza, como Él lo hace ahora con el paisaje que ha quedado desnudo después de las nevadas o el invierno? Solamente Él puede determinarlo; pero si Él no hubiera declarado explícitamente su propósito, la segunda sospecha ciertamente concuerda mejor con la exhibición del trabajo de nuestro Creador manifiesto en las cosas que alcanzamos a comprender.

Ahora supongamos que la tierra deberá de ser renovada, pero, ¿para el beneficio de quién ocurrirá este cambio? ¿Acaso la raza humana, para la cual originalmente se preparó, y que hasta ahora la ha ocupado, seguirá reteniendo su posesión? ¿O acaso aquellos que, mediante Cristo, han llegado a ser los herederos de la inmortalidad, serán entonces exilados de su clima nativo, y desde otras esferas contemplarán a la tierra, conscientes de que ya no será habitada por el hombre, que otros seres, de los cuales será posible hacerse o no un idea correcta, ocuparán su lugar de origen y poseerán este mundo que fue designado para la herencia del hombre? ¿Existe algo deleitoso en esta anticipación? ¿No es más natural el desear, que si Dios en el futuro va a regenerar éstos cielos y ésta tierra, y llenarlos de Su gloria, que Él entonces les asigne a sus redimidos un lugar en esta nueva creación? Si creemos en la identidad de nuestro ser presente y futuro, difícilmente podremos suponer que la muerte cortará por completo nuestro deleite de las escenas con las cuales estamos familiarizados ahora, y si creemos en una resurrección, es antinatural el pensar que los santos redimidos, cuando consideren que sus cuerpos fueron originados del polvo, y que, después de desmoronarse en su tierra nativa han de ser reanimados y glorificados, ¿carecerán entonces de vínculos que los aten a la esfera de la que surgieron?.

Tampoco es razonable el pensar que el Salvador, mediante quien éste cuerpo fue redimido – él mismo siendo un ser humano, y hecho en todas las cosas “**semejante a sus hermanos**” (Heb.

2:17) – ¿carecerá de un interés especial por este mundo en el que su humanidad se originó, y en donde, mediante sus trabajos y sufrimientos efectuó la redención de su gente?

La tierra parece haber sido originalmente formada para la habitación del hombre, y si la obediencia del hombre hubiera sido perfecta, no hay duda de que hubiera seguido siendo para él un lugar de felicidad total y permanente, habiendo sido diseñada conforme a su naturaleza, permitiéndole una esfera para el ejercicio y disfrute de sus poderes, proporcionándole cualquier cosa que fuera necesaria para su bienestar, con suministros adecuados incluso para su inmortalidad. En esta condición le había sido dada la tierra en herencia al hombre. Todo le fue colocado bajo su poder, subordinado a su felicidad, el Hacedor de todo asignándole señorío al hombre sobre esta adecuada creación, habilitándole para esta alta misión, dotándole de Su propia imagen espiritual.

Mientras que los animales inferiores fueron equipados con instintos que les permitieran suplir sus propias necesidades, solamente el hombre, de todos los seres vivientes que llenaron al mundo, fue hecho capaz de dirigir al resto, y de suministrar para el bienestar de la totalidad. Habiendo sido todo creado para la felicidad del hombre, todo fue asegurado como su posesión en tanto cuanto continuase obediente a la voluntad de su Hacedor.

La prueba de su obediencia era fácil, y adecuada a su condición, estando todo contenido en el tan sencillo precepto: “del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Gn. 2:17).

Algunos han considerado a esta como si fuera una prueba arbitraria, pero si consideramos que la perfección de la naturaleza humana requería de la acción armónica de todos sus poderes, fácilmente podremos percibir que esta armonía hubiera sido alterada si uno solo de estos poderes (el conocimiento del mal) hubiera adquirido una importancia indebida.

Éste precepto probablemente interpuso una barrera al exceso, que era la tentación a la que el hombre estaba más expuesto, porque si lo contemplamos rodeado de todo aquello bueno como alimento, podremos ver que el hombre estaba en peligro por su desmedido apetito, y que el árbol del conocimiento, cuyo fruto “era bueno para comer, y que era agradable a los ojos” (Gn. 3:6) le hubiera atraído sobremanera; pero el hecho de ser el árbol prohibido por el mandato de Dios, hubiera sido razón suficiente para mostrarle su peligro y para llevarle a refrenar sus deseos. (Aquí yo pienso que si Dios dijo que todo árbol era bueno (Gn. 1:12), eso incluía al “árbol del conocimiento del bien y del mal”, ese entonces era también un árbol bueno, pero prohibido. Tal vez si el hombre hubiera comido primeramente del árbol de la vida, del que nunca comió, la historia hubiera sido diferente. Y en el futuro, la historia va a continuar el rumbo normal que Dios inicialmente había planeado, ya que el árbol de la vida va a estar de nuevo al alcance de todo ser humano natural e inmortal del futuro en la nueva tierra).

La naturaleza intelectual del hombre constituía su más notable superioridad sobre la bruta creación, y en el ejercicio de sus facultades pudiera el hombre sucumbir al exceso, ya que el conocimiento le era al hombre en ese entonces, lo que siempre ha sido, una fuente de poder, y el hombre inteligente, no adiestrado por la experiencia, pudiera, en la arrogancia de su superioridad, haber estado en peligro de transigir su propia esfera. Eso le hubiera llevado al

punto de ejercer crueldad hacia la creación bruta, al hacerla servidora de su voluntad, o del haber abusado de lo que Dios le dio, como echando a perder la armonía del todo.

Así de que, mediante el colocar dentro de su alcance un árbol cuyo fruto era “árbol codiciable para alcanzar la sabiduría” (Gn. 3:6), para entonces prohibir su uso, Dios estableció límites a la ambición del hombre. Esta perspectiva de la condición primitiva del hombre muestra que el simple precepto “del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás” (Gn. 2:17) fue la prueba óptima de su obediencia al compararla con lo que la ley moral hubiera logrado en ese momento, porque sobre los padres de la humanidad, que eran poseedores de todo, y con el disfrute de una diaria comunión con su Creador, los preceptos de esta ley moral no les hubieran impuesto restricción alguna.

Lo único que podemos establecer es una débil conjetura de qué es lo que hubiera sido este mundo si el hombre, sin haber desobedecido a Dios, hubiera proseguido de inmediato con el propósito de su encumbrado destino. Los filántropos pudieran explayarse, y los poetas pudieran revestir una representación de su imaginación con toda la belleza y bendiciones que la imaginación puede aportar, y aún así, la gloria de la escena probablemente se quede corta de la verdad. Solamente podemos decir que habrá de ser algo equiparable al magnífico diseño del Creador que justificara la expectación del ejército celestial cuando “*alababan todas las estrellas del alba, Y se regocijaban todos los hijos de Dios*” (Job 38:7). (“*Todas las estrellas del alba*” y “*todos los hijos de Dios*” se refiriere aquí a los seres espirituales creados por Dios aún antes de la creación del universo visible, y por tanto, aún antes de la creación de la tierra).

Porque el hombre fue formado para la inmortalidad, y el carácter progresivo de su naturaleza intelectual aseguraba la mejora perpetua de todas sus facultades, las que tratarían de encontrar su uso adecuado en ese su dominio por sobre toda la tierra con el que fue conferido. Si su prueba hubiera sido perfecta, y sus armoniosos poderes sin decadencia se hubieran incrementado en sujeción a la voluntad de Dios, ¿quien pudiera decir la perfección que hubiera resultado en sus labores, en lo moral, en lo intelectual y en el mundo físico?

En nuestra condición degenerada actual, ocasionalmente encontramos individuos cuyo juicio parece sano y bien balanceado en cualquiera que sea la esfera en la que han sido llamados a desenvolverse, y si su propósito es alto, y si sus planes se llevan a cabo con energía, ellos son capaces de alcanzar logros donde otros fallarían por completo. Tales fueron Franklin como filósofo, Washington como patriota, Newton como científico, y John Howard como filántropo.

El mismo juicio correcto se ve algunas veces en las profesiones cotidianas, en donde vemos personas llevando a cabo sus actividades con una determinación y energía de propósitos que actualmente distingue a los pocos, lo que probablemente hubiera caracterizado a la totalidad de la familia humana, que con esto hubiera consumado una actividad incansable que nuestra condición imperfecta actual desconoce por completo. Con tal constitución para mejorar, y con inmortalidad para desarrollar sus poderes, ¡qué propósito deseable no se hubiera consumado!.

Actuando en obediencia a la ley del amor, los esfuerzos del hombre hubieran sido dirigidos al logro de buenos y deseables propósitos, y a la promoción del bienestar y felicidad de la sociedad. Ajenos a la decadencia y a la muerte, nadie hubiera dejado su trabajo inconcluso, y cualquiera

que hayan sido las mejoras posteriores. El conocimiento adquirido por cada individuo hubiese sido por siempre garantizado al generoso descubridor en su imperecedera vida. No hay plaga que hubiese destruido los frutos de la tierra, o descompuesto la belleza del paisaje, ni tempestad o inundación o terremoto que hubiera destruido los trabajos del arte. Todo lo que el amor pudiera inspirar para el honor a Dios o para el bien del hombre, hubiera adornado su tierra, y todo lo que el ingenio pudiera contemplar para el confort, conveniencia y deleite de las familias, hubiera adornado sus habitaciones, mientras que la enfermedad y tristeza hubieran quedado por siempre exiliadas. Los pensamientos son incapaces de numerar las ventajas con las que el mundo hubiera sido llenado o de medir la cantidad de felicidad que se hubiera disfrutado por la familia humana.

Pero aún esta representación, tan deleitosa como pudiera parecer, no sería lo máximo para las aspiraciones del hombre, porque parece probable que cuando Dios creó al hombre a Su propia imagen, Él determinó que la naturaleza divina debería de quedar ultimadamente ligada a la naturaleza humana. Esa vida espiritual que será perfeccionada en los redimidos al momento de la resurrección, debería y probablemente podría haber sido conferida como la recompensa por la obediencia (si es que Adán y Eva no hubieran pecado).

Aquellos (del futuro) perfeccionados de tal forma sin duda alguna que serán puestos a cargo del cuidado y gobierno de su raza, y nosotros no podemos imaginarnos como otro ser pudiera estar mejor capacitado para este oficio – colaborando tanto con Dios por haber sido hechos copartícipes de la naturaleza Divina y con los hombres por los lazos de parentesco, siendo su simpatía hacia ambos perfeccionada de tal forma que forme un lazo de unión indisoluble entre el hombre y su Creador. El conocimiento de la verdadera condición del hombre, adquirido por los redimidos mientras se encontraban en la carne, los ha de calificar para aconsejar y dirigir a aquellos bajo su cuidado en toda posible circunstancia, mientras que la gloria de su naturaleza espiritual ha de ser el motivo activo y siempre presente para estimular hacia la obediencia a aquellos en proceso de recibir la misma tan elevada dignidad. En este respecto, fácilmente podemos ver que los humanos redimidos y transformados están mucho mejor equipados para gobernar a los hombres que los ángeles que carecen de todas estas tan peculiares afinidades.

Si el período de prueba de Adán hubiera sido perfecto hasta el punto de alcanzar su cuerpo celestial (sin haber caído, reproduciéndose y generando muchos descendientes naturales a la vez que inmortales), él mismo en vez del Señor Jesús pudiera haber llegado a ser la cabeza espiritual de la raza, y hubiera también continuado ejerciendo su autoridad patriarcal sobre sus innumerables descendientes, mientras que los hombres de la actualidad no solamente hubieran tenido el privilegio de trazar su línea ancestral a través de una larga línea de ancestros ilustres, hasta nuestros padres comunes, habiéndonos permitido también el tener una comunión personal con esta gloriosa población. Estos honorables maestros, a los que Dios les hubiera dado sabiduría celestial, no hubieran sido removidos de nuestra vista como ha sucedido con los profetas y apóstoles, sino que como dijo el profeta: “tus ojos verán a tus maestros. Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Este es el camino, andad por él” (Is. 30:20-21), cuando te vieras tentado a apartarte de la senda del deber. ¡Qué rápido hubiera sido el avance del hombre bajo semejante asesoría, de no haber caído!. ¡Cuántos tesoros de sabiduría y conocimiento en todo lo que nos perfeccionara hubieran sido ganados gracias a éstos instructores celestiales!. ¡Y con qué deleite hubieran cuidado y guiado a sus descendientes a los que estarían entrenando para la inmortalidad!. ¡Qué diferente hubiera sido su gobierno del de aquellos

soberanos que hasta el día de hoy han estado oprimiendo a la tierra en aras de su propio engrandecimiento!. Ya que todos los avances de cada época hubieran sido atesorados para el beneficio común, los medios de felicidad hubieran sido acumulados al punto que aún la imaginación se queda corta en su intento de medir las bendiciones que hubieran llenado al mundo conforme esta corriente siempre creciente de gloria siguiera fluyendo hacia la eternidad.

¡Cómo la mente se agota cuando al contemplar lo que probablemente hubiera sido si el pecado nunca hubiera entrado al mundo, de pronto regresa para ver las realidades de nuestra presente condición de miseria!. Nuestra raza caída y bajo sentencia de muerte, expuesta a la fiera indignación del juicio, con el mundo natural arruinado por la maldición, los afanes y dificultades, la enfermedad y el pesar, las diversas calamidades de las que aún los más favorecidos están condenados a padecer, la ignorancia, la miseria que los hombres infligen sobre sus semejantes – se presentan en gran contraste a la exuberante belleza de la tierra primitiva, la deleitosa armonía de los hombres viviendo juntos, gobernados por la ley del amor, el siempre creciente conocimiento, el sabio y afectuoso consejo y gobierno de unos padres celestiales, y por sobre todo eso, la alegría de un Dios satisfecho, complacido de ver el auto-perfeccionamiento de Su propia obra.

Oprimidos por tal comparación tan melancólica, nos preguntamos, ¿continuará la tierra hundiéndose en pecado, marchitándose bajo la maldición de su Hacedor, hasta que, Hastiado por la espantosa deformidad infligida a Su obra inicial, se decida a borrar a nuestro planeta de la existencia?. ¿O acaso Él ha responsabilizado para ayudarnos a uno que es poderoso para salvar, mediante liberar a los hombres de su esclavitud de muerte, recuperándolos para la santidad, restaurando la tierra a su fertilidad inicial, reestableciéndonos en nuestra heredad inicial, de tal forma que culmine el perfeccionamiento de Su diseño al crear la tierra?

Fue debido a las artimañas de un enemigo que nuestros primeros padres fueron seducidos a la transgresión y cayeron de su posición exaltada. La sentencia de muerte (espiritual) fue pronunciada de inmediato, y aunque su muerte física se demoró por un tiempo, el hecho de que se les negara el acceso al fruto de la vida que les hubiera permitido adquirir inmortalidad, aseguraba la fatalidad de su destino. A partir de ese momento supieron y percibieron que eran mortales. Expulsados del paraíso, ahora estaban obligados a suplir sus necesidades mediante el cultivo de la tierra que Dios había maldecido, mientras que las desgastadas energías de su naturaleza aumentaron los sufrimientos de su labor, hasta que murieran y regresaran al polvo.

Pero su muerte no exterminó a la raza, aunque al momento de su transgresión carecían de descendencia. Tampoco estaba estipulado que la amenaza de muerte fuera eterna. Dios había dejado espacio aquí para el ejercicio de la misericordia, reservándose para Sí Mismo el derecho de restaurar el trabajo de Sus propias manos. Las circunstancias de la Caída hicieron de ésta una ocasión adecuada para la entrada de la misericordia, y un Redentor fue prometido antes de que la sentencia misma fuera pronunciada. Antes de la Caída, Adán y Eva habían estado disfrutando de inmensos beneficios, pero ahora, habían quedado sujetos a la restauración de las bendiciones perdidas, cuando la simiente de la mujer aplastará la cabeza de la serpiente (Gn. 3:15).

Las consecuencias de su transgresión descendieron sobre su posteridad, arrastrándolos bajo la misma esclavitud de corrupción, sujetándolos condicionalmente bajo la misma esperanza de

restauración. Pero como esta servidumbre es involuntaria y Dios no ha dicho nunca que no va a terminar, ¿porqué pensar que toda la raza humana (incluso la humanidad del futuro distante) va a quedar atrapada bajo la maldición?. Y, ¿porqué no esperar que, cuando el Redentor hiera la cabeza de la serpiente (Gn. 3:15), él no solamente liberará a los cautivos de la muerte, sino que también redimirá a los sobrevivientes del futuro de las miserias introducidas por la Caída, y restaurará a la raza a su excelencia primitiva? Los poderes del hombre han sido trastornados y lesionados, pero sus capacidades, aunque diferentes en grado, siguen siendo del mismo tipo que cuando fuera inicialmente creado, y si Dios consideró adecuado el liberarlo de su esclavitud de corrupción y restaurarle las fuerzas y armonía de su naturaleza original, el hombre entonces será, esencialmente, el mismo ser que era al momento de su creación. El hecho de que Dios ha preservado en el hombre los accidentados residuos de su poder original, aún durante el tan largo periodo de alienación, aunado al hecho de que Él no ha dicho en ningún lugar que la maldición abarcará a toda la humanidad (incluyendo a la futura), indica, creemos, un propósito de perpetuar y de restaurar a la raza por parte de Dios.

Un diseño de perpetuidad también parece estar impreso en el mundo físico, porque aunque empañado, su naturaleza esencial no ha cambiado. El mismo sol, que en el principio Dios hizo para que rigiera durante el día, aún brilla sobre nosotros como antes de la Caída del hombre, dando su vida y luz a la creación, gobernando nuestras estaciones y dividiendo nuestro tiempo en días y años.

La misma luna aún vierte su leve brillo sobre la oscuridad de la noche, creciente y menguante como cuando fue colocada por primera vez en los cielos para dar cuenta de nuestros meses.

Las mismas estrellas que brillaron en el día inicial de la creación, aún brillan en aquel profundo vacío, elevando nuestros ojos y nuestros pensamientos hacia el cielo, cuando la naturaleza silenciada nos permite apartarnos de las fatigas del día y de los afanes de la vida.

La vegetación que reviste nuestros paisajes de belleza, desciende del árbol y de la hierba que primeramente cubrió a la tierra para proporcionar alimento al hombre y a la bestia, produciendo fruto y albergando a la simiente por dentro.

Los animales que vagan salvajes sobre la tierra, o se encuentran en sujeción por el hombre, son la descendencia natural de aquellas bestias del campo a las que Adán, en el primer ejercicio de su autoridad, les diera adecuados nombres.

Las aves que avivan nuestras arboledas con su música son descendientes de aquellas que las aguas trajeron en abundancia, “aves que vuelen sobre la tierra, en la abierta expansión de los cielos” (Gn. 1:20), y las grandes ballenas que Dios hizo, aún se encuentran representadas en nuestras aguas.

Todos estos, aunque sin duda alguna bastante alterados de su perfección original, aún retienen la naturaleza inherente que inicialmente les fuera conferida, y si el mundo ha de ser en algún momento liberado de la maldición, podemos ver qué fácil será, mediante La Palabra que inicialmente los creara, el restaurarlos de nuevo a su perfección original. Pensamos que la estabilidad impartida al mundo natural durante toda esta era de vanidad, y el hecho de que Dios

le ha dado a todo aquello que tiene vida el poder inherente de reproducirse conforme a su naturaleza, y de que, en medio de la ruina en la que todo se encuentra, Dios ha preservado en cada uno la integridad de esta facultad, todo muestra Su propósito de perpetuar la creación física.

Este designio también se indica por el hecho de que, cuando el hombre llegó a quedar tan contaminado que “se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón” (Gn. 6:6), y determinó la destrucción de la vida sobre la tierra, Dios hizo provisión para la seguridad de una familia, y dentro del arca les permitió refugiarse del Diluvio, reuniendo también Él a los animales de toda clase “para conservar viva la especie sobre la faz de la tierra” (Gn. 7:3).

Si la rebelión del hombre le hubiera desagradado a tal grado al Creador como para determinar que borraría toda Su obra y al mundo de la existencia, pensamos que Él hubiera en ese momento ejecutado su propósito, porque, excepto por Noé y su familia, la destrucción del resto del mundo mostró que ese era un juicio extremo determinado por Dios, y no hay razón para suponer que los descendientes de Noé hubieran sido de ninguna manera mejores que Adán al ser colocados bajo semejantes circunstancias. Además, si los justos en lo sucesivo han de tener su herencia eterna en alguno otra esfera, el bienestar de Noé y su familia aparentemente habrán sido fomentados mediante el llevarlos en ese mismo momento a su futuro hogar, o si Dios, resistiéndose a aniquilar a la tierra, la encontró inadecuada para la condición humana, Él hubiera podido llenarla con otros seres para los que quizás pudiera ser más adecuada, si Él lo hubiera querido. En vez de eso, nos encontramos a Dios dirigiendo a Noé para que construya el arca, ejerciendo Dios un cuidado especial sobre ella durante el periodo de peligro, preservando Dios la vida de todos sus ocupantes, y después de que las aguas se hubieron retirado de la tierra y de nuevo fuese adecuada para su residencia, indicándoles Dios que abandonaran el arca y que de nuevo tomaran posesión de la tierra, con la compasiva certeza de que el mundo nunca jamás volvería a ser destruido por un diluvio. Y este pacto, del que el arco en la nube es la señal, no fue solamente entre Dios y los hombres, sino entre Dios y “toda carne que está sobre la tierra” (Gn. 9:17).

La esperanza de restauración ha sido algo común para todas las edades y naciones. Los poetas de la antigüedad no solamente cantaron de una edad de oro que ya había pasado, sino predijeron su restauración. Los modernos filósofos han retomado el tema de los antiguos poetas y se han ocupado en imaginar esquemas para su realización. El filántropo Cristiano, teniendo la vaga especulación de que el tiempo vendrá cuando este mundo no sea habitado por la humanidad – suponiendo erróneamente que la recuperación del hombre de su muerte terminará con su conexión con la tierra, y será acompañada por la disolución del mundo natural – aún así, él espera, antes de que ese tiempo llegue, que la maldición sea mitigada y que una sujeción a la voluntad de Dios asegure Su favor para con él, causando un vivir en armonía pues “la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar” (Hab. 2:14).

Si estas expectativas del Cristiano se llegan a llevar a cabo, nos preguntamos: ¿Qué necesidad hay de que el mundo sea destruido? y, ¿porqué, si todo aún retiene su naturaleza básica inicial, Dios no ejerce Su poder y restaura todas las cosas a su condición original?. Parece inconsistente suponer que Él causará que desaparezcan las enfermedades y las carencias del mundo, y llenará la tierra con Su gloria, y continuará renovando los corazones de los hombres con Su espíritu hasta el momento en que “*Todos los reyes se postrarán delante de él; Todas las naciones le*

servirán” (Sal. 72:11), para que después de que este estado bendito de cosas continúe por generaciones, se levante en Su ira (porque el día del juicio se llama la revelación de Su ira) y, en venganza por las transgresiones de generaciones pasadas, repentinamente termine con la raza, destruyendo al mundo, y removiendo a aquellos a los que Él ha redimido hacia otra esfera, donde ellos puedan disfrutar de su inmortalidad.

Tal secuencia vaga, imaginada por el Cristiano promedio, parece improbable, porque no vemos razón alguna de que la raza humana termine después de que ha sido recuperada para santidad, ni nada que se gane mediante la remoción de los justos de la tierra después de que ésta ha sido llenada de la gloria de Dios.

¿Quién pudiera conjeturar dónde se podrá encontrar un lugar mejor para disfrutar de la inmortalidad en el cuerpo resucitado? No podemos suponer que el cuerpo humano será levantado del polvo, de modo que se dedique en su eternidad a vagar a través de las regiones del espacio, sin lugar preciso al que pueda llamar su hogar. Si este ha de ser su destino futuro, ¿en qué sociedad y circunstancias es que esto se llevará a cabo?.

¿Formará Cristo y los redimidos una vasta multitud, moviéndose de mundo en mundo?, ¿o estarán separados, y cada uno buscará la felicidad que se ajuste a sus caprichos?, y si separados, ¿cuándo y dónde se volverán a juntar?, porque su reunión requeriría de un tiempo y lugar específicos.

¿Acaso alguna de las estrellas visibles ahora será la mansión celestial donde Cristo mantendrá su corte?. ¿Cuál de estos orbes brillantes será capaz de contener algo que nos inspire aún más hacia nuestro amor a Cristo, que el lugar mismo en donde él sufrió por nuestra redención?. ¿Porqué, si Dios glorifica, no perpetuará Él mismo a esta tierra para el reino de Su hijo?.

¿Porqué no tendrán los santos su descanso eterno y su gloria en el lugar en el que soportaron su fatiga y decadencia?, ¿y porqué no reinará Cristo sobre su gente en ese mundo donde murió por su liberación, en vez de borrar de sus corazones la memoria de su amor mediante el alejarlos de la tierra, destruyendo la escena de sus sufrimientos?

El propósito de las siguientes páginas será el de presentar la promesa de restauración que se encuentra en la Biblia, y de mostrar que enseña que la tierra no será aniquilada en el juicio final, sino que Dios determinó renovar y perpetuar al mundo para el glorioso y eterno reino sin fin de Su hijo amado, y que ésta nueva creación estará habitada, no solamente por los hijos de la resurrección, sino también por hombres en el cuerpo natural que continuarán viviendo y multiplicándose sobre su superficie a través de las eras sempiternas.

II. El Dominio de los Santos

No es anormal

Objeciones a este mundo siendo la residencia futura de los glorificados. ¿Porqué una objeción?

La objeción respondida

La posición actual de los ángeles

Los ángeles serán reemplazados por los hombres

Los hombres glorificados están mejor calificados para el dominio que los ángeles

El propósito de la aflicción

El propósito de la Caída

La humanidad de Cristo favorece el reino de los santos. Éste dominio es razonable

Para la mente reflexiva, no hay nada anormal en la idea de que este mundo, que Dios en su creación dijo que era “muy bueno”, será recuperado de la maldición a la que ha quedado sujeto por la transgresión del hombre. Tampoco hay nada antinatural en la idea de que el hijo de Dios – que, excepto por el pecado, fue en todas las cosas “hecho como sus hermanos” en la carne – reclamará como su propia herencia el mundo en el que sufrió y murió por su redención. Tampoco existe nada que sea aparentemente inconsistente con la creencia de que los santos recibirán su recompensa eterna sobre la tierra, en donde, perseguidos y despreciados, habrán trabajado y sufrido como los seguidores del Señor crucificado, resucitado, ascendido, y que regresa.

La principal objeción que la mayoría imagina para que este mundo sea transformado en el lugar del reino glorioso de Cristo, y de los santos recibiendo aquí su recompensa eterna, pensamos que surge del sentimiento de que los límites de este mundo serán muy restringidos, y sus escenas bastante desprovistas de interés como para mantener ocupado al hombre inmortal a través de las edades sin fin de la eternidad, y que, de hecho, un reino no puede ser establecido aquí que cumpla completamente con todas las fantasías de la gloria con las que las imaginaciones han adornado a ese honorable lugar “a la diestra de Dios” donde placeres perpetuos para cada uno han sido prometidos a los justos. Si esta dificultad pudiera ser removida, aquellos que realmente creen en la resurrección de los muertos verán en esto la adaptación a su condición futura, que no es aparente si los hombres van a quedar de aquí en adelante completamente desconectados de las escenas terrestres (y de hecho, al final es Dios quien desciende con su trono y con toda su ciudad celestial para morar sobre la nueva tierra con los hombres).

Ésta dificultad surge principalmente a partir de las opiniones generalmente sostenidas con respecto al destino futuro de nuestra raza. Ha sido desde hace mucho tiempo creencia dominante de que la raza del hombre será consumada en la resurrección final, que después de este periodo los hombres en su estado natural completamente dejarán de ser, y desde luego de multiplicarse sobre la tierra; y si los redimidos santos tuvieran que vivir en este mundo como sus únicos ocupantes, se implica que entonces serían como reyes sin reino y sacerdotes sin ningún ser para el cual ellos puedan ser mediadores. Habiendo tenido acceso al maná escondido y al árbol de la vida, (piensan ellos) que no necesitarán de los frutos de la tierra para su subsistencia, y por lo tanto, que nada se ganará con su renovación, debido a que (se imaginan) el cultivo de la tierra no solamente será innecesario, sino completamente por debajo de su elevada dignidad.

Pero, supongamos que la raza humana en el cuerpo natural no se terminará con la resurrección – que en ese momento Cristo preservará una porción de la humanidad en esta condición para heredar la nueva tierra, y que éstos, siendo liberados del castigo por la transgresión de Adán y restaurados a aquella perfección en la que Adán fuera creado, deben de continuar con el precepto inicial de “Fructificad y multiplicaos” y “Llenad la tierra” (Gn. 1:28) a través de las edades eternas.

¿No obviará esto, en cierta medida, estas dificultades, mediante el proporcionar la tierra una adecuada esfera de acción para los santos glorificados, donde los diversos poderes del hombre espiritual pudieran encontrar su pleno campo de acción? Si alguien supone que la nueva creación no será suficientemente buena y hermosa como para su residencia futura, le hemos de preguntar: ¿Qué es lo que se supone ha de constituir la gloria de esa ciudad celestial en la que él espera entrar?

¿Será una adecuada esfera de acción la tierra con la presencia y la gloria de Dios y de nuestro divino Redentor, con una sociedad del bien procedente de todas las edades, con libertad de todo aquello que molesta, con un completo y libre suministro de todas las carencias, y con un siempre creciente conocimiento?. No se encuentra todo esto en la nueva creación, cuando “la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar” (Is. 11:9) y la raza recuperada, reconciliada con Dios y disfrutando de Sus bendiciones, sea colocada bajo el cuidado de los santos para ser entrenada para la inmortalidad?

Los ángeles ocupan hoy un más alto rango en la escala de los seres al ser comparados con los hombres actuales. A ellos se les permite el contemplar el rostro de Dios y algunos de ellos están en Su presencia constantemente.

Revestidos de poder, ellos son Sus mensajeros para llevar a cabo Su voluntad y recibir instrucciones directamente de Él. Hasta ahora los ángeles han sido Sus agentes dirigiendo los asuntos del mundo. Conforme a ello, cuando el Hijo, designado por Dios como “heredero de todas las cosas” (Heb. 1:2), de todas las cosas que tienen que ver con nuestra raza, vino al mundo, el mandato fue: “*¡Adórenle todos los ángeles de Dios!*” (Heb. 1:6). También se dice que los ángeles son “*todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación*” (Heb. 1:14).

De esto tenemos abundante evidencia en la historia Bíblica. Ahora nos preguntamos, si los ángeles durante 6,000 años han sido los agentes de Dios para el gobierno del mundo y espíritus ministradores para con los hombres, aún cuando éstos hombres fueran pecadores, ¿estará este mismo mundo al que los ángeles sirven por debajo de la dignidad de aquellos que, en la resurrección “serán como los ángeles de Dios en el cielo” (Mt. 22:30), convirtiéndose en reyes y sacerdotes del Dios Altísimo en la nueva creación? ¡El hombre va a ser liberado de la esclavitud de corrupción y restaurado a la imagen de su Hacedor aquí mismo en la tierra!

Heb. 2:5-7 parece enseñarnos que los hombres reemplazarán a los ángeles en su autoridad sobre la nueva tierra:

“Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero, acerca del cual estamos hablando; pero alguien testificó en cierto lugar, diciendo:
*¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él,
O el hijo del hombre, para que le visites?
Le hiciste un poco menor que los ángeles,
Le coronaste de gloria y de honra,
Y le pusiste sobre las obras de tus manos.”*

Que los santos han de regir sobre la tierra se enseña claramente en Ap. 5:9-10 donde los ancianos y las criaturas vivientes, al alabar a Cristo exclaman:

“Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.”

Cuando el Señor Jesús regrese a reinar personalmente sobre la tierra, ¡los santos también regresarán y reinarán con él!, porque su promesa es:

“Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.”

Y Pablo también lo afirma:

“Si sufrimos, también reinaremos con él.”

Si en este mundo malvado actual Cristo está preparando “para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:14), parece totalmente adecuado que ellos se asocien con él en el gobierno del mundo venidero. Después de recibir sus cuerpos gloriosos, ellos, en muchos aspectos, estarán mejor calificados para este trabajo que los ángeles.

Para nosotros, los ángeles, en su naturaleza de espíritus, son invisibles.

En tiempos pasados, ocasionalmente asumieron la forma de hombres, con el propósito de transmitir mensajes a los hombres (y salvarlos, por ejemplo a Pedro, a Lot y sus hijas, a Israel varias veces de sus enemigos, etc.), y fueron perceptibles por los sentidos humanos. Pero tales encuentros fueron pocos y transitorios, y sus mensajes generalmente se limitaron a un solo punto. Si su naturaleza angélica hubiera sido conocida, su presencia hubiera inspirado temor en aquellos a los que fueron enviados, evitando con ello el trato familiar que, nos podemos imaginar, será tan deleitoso entre los hijos de la era futura y los redimidos de la era presente. Porque los hijos de la resurrección, aunque elevándose por encima de los deseos de la carne y revestidos con poder y autoridad, seguirán siendo hombres, y como tales retendrán sus simpatías humanas, y aquellos que aún se encuentren en la carne en el futuro (los que aún sean naturales aunque inmortales) probablemente estarán buscando la forma de ser promovidos a replicar en ellos esa misma alta dignidad que sus parientes ya han alcanzado, mientras que el conocimiento de que éstos gloriosos seres fueron ellos mismos una vez pecadores, inspirará confianza para buscar instrucción de aquellos en cualquier aspecto relacionado con el deber o las afecciones. Aquellos

a los que ellos impartan instrucción serán también sus descendientes, y como tales serán el objeto de un muy especial cuidado y estimación, mientras que entre los ángeles y los hombres estos lazos de parentesco son desconocidos.

No podemos suponer que los diversos poderes que en lo sucesivo se otorgarán a los hombres espirituales carecerán de una adecuada esfera asignada a su actividad, y ¿acaso podemos imaginarnos un más deleitante o adecuado empleo que el futuro gobierno de la rescatada raza? ¿Qué ocupación en el presente mundo es más agradable para el alma de la humanidad que la armoniosa comunicación entre padre e hijo, en la que uno enseña y el otro es enseñado a usar adecuadamente, a ejercer sus diversos poderes?

La presente condición de los redimidos eminentemente los capacitará para el trabajo de instrucción. Es una situación en la que los terribles efectos del pecado se aprenden por experiencia propia, y esta es tal vez una razón por la que la gente de Dios no está exenta de miserias y sufrimientos en la vida presente. Muchos de ellos comparten en gran medida fatigas, enfermedades, pérdidas, luto, angustias, cosas características de este mundo, y las aflicciones, se nos enseña en la Biblia, son “esta leve tribulación momentánea” que “produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Cor. 4:17). El conocimiento de estas cosas pudiera ser absolutamente necesario para el adecuado cumplimiento del deber en ese alto destino que les espera.

Fue mediante el comer del árbol del conocimiento que el hombre fue vendido a la esclavitud de muerte, pero este árbol era el árbol del conocimiento del bien, así como del mal, y parece absurdo suponer, que el conocimiento del mal, adquirido por el hombre durante 6,000 años de una fatigante disciplina, muchas veces causa de sufrimiento, a la que el haber comido de este fruto le ha sujetado, sea de pronto algo que se va a arrojar completamente por la borda. Es mucho más razonable el creer que buenas cosas resultarán aún por haber conocido el mal, que las que hayan sido esas mejoras y lo útil que se haya aprendido durante este período, será preservado por Cristo para el beneficio de su reino futuro.

Un correcto conocimiento de los efectos del pecado pudiera ser de la mayor importancia en el mundo futuro. Este conocimiento Cristo ciertamente que valorará en la experiencia de su gente, y pudiera ser por este propósito que les permitirá compartir con la humanidad restante (de ser necesario), todo incidente de sufrimientos pasados, aún **la más extrema vergüenza y agonía de un inocente crucificado** injustamente cual si hubiera sido el mayor criminal.

Cristo así, mediante su experiencia, revestirá a su reino con un testimonio viviente de los pavorosos efectos de la transgresión, que serán como un baluarte en contra de una desobediencia futura, porque si el santo redimido hubiera estado presente en el momento de la tentación inicial en el paraíso, un recital de su propia experiencia para vencer, probablemente pudiera haber frustrado la estratagema del tentador, y el hombre pudiera haber continuado en una feliz, voluntaria, y obediente sujeción a su Creador.

El hecho de que el Rey de esta nueva creación será, él mismo, un hombre, es otra razón del porqué la administración de su gobierno debe de ser entregada a hombres y no a ángeles. Él es su pariente, y no solamente eso, sino también su Redentor. Habiendo con su propia sangre pagado

el precio de su redención, ellos ciertamente que deben sentir hacia él una más fuerte, una más elevada, y una más santa lealtad que los ángeles.

Los santos, en deuda con Cristo por su liberación de la muerte, y habiendo sido hechos por él copartícipes de la naturaleza divina, y también, teniendo ese profundo interés en la humanidad restante, semejante al que los padres sienten por sus hijos, por todo eso, en ellos será perfecto el lazo de simpatía entre Dios y los hombres.

El honor del Hijo que murió por su redención, y el honor del Padre que, en su amor hacia nuestra raza caída, entregó a su Hijo unigénito para que fuera nuestro Redentor, deben por siempre ser aspectos primordiales en nuestros corazones. Así, el amor a Dios como Creador, y a Jesús como Redentor, benefactor generoso y amigo inquebrantable por un lado, y su amor a los seres humanos como si fueran descendencia propia por el otro lado, formará en los redimidos reinantes un lazo que por siempre unirá el reino de Cristo en amor y armonía.

Estos pensamientos pudieran parecer exagerados para algunos, pero, si se consideran adecuadamente, no resultarán ser ajenos a la escritura ni antinaturales. Porque si el hombre en lo sucesivo reinará sobre la tierra, deben de haber quedado sobre la tierra algunos seres humanos sobre los cuales reinar. Y es mucho más razonable suponer que la disciplina actual del hombre le habilitará para el gobierno futuro de su propia raza, en vez de para gobernar algún otro orden de seres, o de pensar a la ligera que esta disciplina actual es solamente para evaluar su carácter, sin propósito alguno o sin destinatario.

Es mucho más afín a las Escrituras el creer que este planeta será la escena de la gloria futura del hombre que el suponer que alguna otra esfera será la adecuada para su alojamiento, o que se invertirá la eternidad en andar errantes de esfera en esfera para gratificar la curiosidad o incluso para estudiar a Dios en Sus obras.

III

La Disolución del Mundo

La perpetuidad de la tierra no es popular

La popularidad no es la evidencia cierta para la verdad

Examinando a la Biblia como la prueba

No se mencionó una disolución por más de 3,000 años

Observaciones en Sal. 102:25-28; Is. 24:19-20, 51:6; Mt. 5:18, 24:35; Mr. 13:31; Lc. 21:33; Heb. 1:11-12; 2 Pe. 3:4-13

Exposición popular de estos textos

Comparación de ambas

El designio del Diluvio y el del fuego futuro son similares

La conflagración de la tierra no será simultánea ni universal

Confirmado por la permanencia del reino del cielo, por la exhortación de Pedro, por Sal. 1:1-4, 11:6, 97:1-9; Is. 66:15-16; Dan. 7:9-12; Joel 2: 30-33; Malaq. 4:1-3; Mt. 25:41; 2 Tes. 1:7-8; por la trompeta del primer ángel y la del séptimo en el Apocalipsis, por el derramamiento de la cuarta copa, y por la huída de los cielos y de la tierra

El exterminio de la tierra no destruye a sus habitantes, confirmado por Ez. 37:21-28 y Joel 3:16-20

La perpetuidad de la tierra es directamente confirmada

La perpetuidad de la tierra para la habitación del hombre se enseña en Is. 55:17, 10

La restauración de la tierra por Cristo se enseña en Is. 49:8

La perpetuidad de la tierra implicada en Prov. 2:20-22; Sal. 37

Confirmada por Mt. 5:5 y por la parábola de la Cizaña.

Estamos conscientes de que la perpetuidad de la tierra no es una enseñanza popular. Muchos, quizás la gran mayoría de los Cristianos contemporáneos, creen que la amenazante destrucción que sucederá en el juicio final del mundo está designada con el propósito de la total destrucción de nuestro planeta. Y esta creencia no es de origen reciente. Viene desde los tiempos en los que Shakespeare cantó: “a semejanza del edificio sin base de esta visión, las altas torres, cuyas crestas tocan las nubes, los suntuosos palacios, los solemnes templos, hasta el inmenso globo, sí, y cuanto en él descansa, se disolverá, y lo mismo que la diversión insustancial que acaba de desaparecer, no quedará rastro de ello” (cita traducida por Luis Astrana Marín).

Difícilmente pensamos que el sentimiento aquí expresado tuvo su origen en la candente imaginación del poeta quien probablemente tan sólo delineó la creencia popular de su tiempo. Nadie negará que éstas líneas desde hace mucho tiempo han llegado a ser parte de una teología ortodoxa, y son frecuentemente usadas por los profesores de religión como una expresión vívida de sus propios puntos de vista, para hacer que esta supuesta verdad sea más impactante en los oyentes.

La popularidad de esta creencia en una comunidad Cristiana con cultura es un supuesto argumento en su favor, pero de ninguna manera es una confirmación absoluta de su verdad. Las tradiciones teológicas son frecuentemente tan firmemente creídas como si fueran un hecho

histórico, y algunas veces ejercen un poder sobre la conciencia mucho más grande que el de la misma Palabra de Dios.

En el tiempo de nuestro Salvador, la tradición de los hombres había convertido al mandamiento en algo nulo: “invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición” e “invalidando la palabra de Dios con vuestra tradición que habéis transmitido” (Mr. 7:9, 13), entre aquellos cuyo oficio era el de estudiar y el explicar la ley, y no carecemos de ejemplos semejantes en la actualidad. De esto podemos aprender que la creencia popular, aún en la iglesia, no es algo digno de confianza cual si fuera una indudable evidencia de la verdad, y al evaluar la exactitud de cualquier doctrina que se presume ser basada en la Escritura, es adecuado que nuestra indagación sea: ¿Qué es lo que enseñan las Escrituras? En vez de: ¿Qué es lo que cree “la iglesia”? Si la creencia popular en la aniquilación de la tierra, cuando se evalúa mediante esta regla, difiere de las declaraciones específicas de la Escritura, y los textos en los que se basa pueden ser reconciliados con los abundantes textos que hablan de la perpetuidad de la tierra, entonces esta doctrina, sin importar que tan antigua sea, debe de retroceder ante la fuerza de la verdad.

Si comenzamos nuestra evaluación de este tema en el libro del Génesis, y avanzando a través de la Biblia, no encontramos nada que pudiera ser considerado como una indicación de tal evento en el registro de los mensajes que Dios le dio al hombre durante más de 3,000 años, tampoco se encuentra en las escrituras sagradas el más mínimo trazo de semejante creencia siendo mantenida por individuo alguno durante este período. Nada que se le asemeje se encuentra en todos los escritos de Moisés, quien predijo con tal exactitud la futura condición de su gente, y con quien Dios hablaba “cara a cara, como habla cualquiera a su compañero” (Ex. 33:11). Este hombre notable fue designado por Dios para ejecutar Sus juicios sobre Egipto y liberar a Su gente de sus opresores. Cuando la ley le fue dada, Moisés tuvo el honor de ser su mediador, y por aquel entonces se pasó casi tres meses en el Monte Sinaí, en la presencia inmediata de Dios.

Si Dios hubiera prescrito la aniquilación de la tierra, es razonable suponer que Moisés, siendo el mediador del primer pacto, hubiera estado enterado de ello. Aún suponiendo que él supiera que ese sería el propósito de Dios, Moisés no dejó rastro alguno en sus escritos acerca de eso.

El libro de Job, algunas veces llamado la Teología de los Patriarcas, se supone que fue editado por Moisés de un texto previo (que le entregara Jetro, su suegro), y uno de sus temas es el de cosas futuras: La resurrección de los muertos, el día del juicio y la disolución de los cielos, eventos que se cree son contemporáneos a la aniquilación de la tierra, siendo todos ellos introducidos en las conversaciones cotidianas entre Job y sus supuestos amigos. Si el evento de la total disolución final hubiera formado parte de su creencia, parece casi imposible que, bajo tales circunstancias, hubiera pasado desapercibido, o si el escritor mismo hubiera profesado tal creencia, difícilmente hubiera evitado el introducirla en algún lado.

La primera predicción que supuestamente se cree que enseña acerca de la aniquilación de la tierra se encuentra en el Salmo 102:25-28:

*“Desde el principio tú fundaste la tierra,
Y los cielos son obra de tus manos.*

*Ellos perecerán, mas tú permanecerás;
Y todos ellos como una vestidura se envejecerán;
Como un vestido los mudarás, y serán mudados;
Pero tú eres el mismo,
Y tus años no se acabarán.
Los hijos de tus siervos habitarán seguros,
Y su descendencia será establecida delante de ti.”*

Aquí, ciertamente que nos encontramos con la profecía de una muy grande destrucción de la creación física, pero el contexto muestra que no ha sido diseñada para enseñar la aniquilación de la tierra, porque el “*perecerán*” los cielos del verso 25 es el “*serán mudados*” del verso 26. Este cambio, se dice que será semejante al de una vestidura (que es comparado con el cambiarnos de ropa de cada día), y es una figura que en sí misma es bastante adecuada para los cielos, que rodean, que cubren o “re-cubren” a la tierra como lo hace una prenda de ropa sobre el cuerpo humano. Este cambio pudiera, y probablemente lo esté, diseñado para ser aplicado también sobre la superficie de la tierra, la que, habiendo envejecido y habiéndose desgastado, requerirá de una renovación; pero la profecía de ninguna manera enseña la destrucción de la masa terrestre, como tampoco sucede con la masa de nuestro cuerpo cada que nos cambiamos la ropa (es decir, nuestro cuerpo permanece inalterado).

La manera en la que la seguridad de la gente de Dios se menciona en conexión con este cambio, indica no solamente la perpetuidad de la tierra, sino también la perpetuidad de la raza humana en su condición natural después de que este cambio ya ha sido efectuado, porque, sin importar lo dramático de este cambio, se dice que “*los hijos de tus siervos habitarán seguros, y su descendencia será establecida delante de ti*” (Sal. 102:28). Su perpetuidad aquí parece estar en contraste con el perecer de los cielos y de la tierra, y el lenguaje los presenta como continuando multiplicándose después de que aquello ya ha sucedido.

Si el número de la raza ya fue completado para ese entonces, y si la seguridad es solamente para aquellos que entonces estarán viviendo, ¿porqué dice que “*los hijos*” y su “*descendencia*”, refiriéndose a los descendientes de los que sirven a Dios, “*será establecida*”? (nota: “*descendencia*” en otras versiones se traduce como “*los hijos de los hijos*”; y “*habitarán seguros*” en otras versiones se traduce como “*continuarán*”, para luego decir que sus descendientes “*serán establecidos*”, enfatizando la continuidad de los buenos seres de entre la especie humana mediante el “*continuarán*” y el hecho de que quedarán “*establecidos*”).

Y si, como lo transmite el lenguaje, los hijos de éstos que sirven a Dios han de ser establecidos y se multiplicarán después de este periodo, esto ha de suceder sobre la tierra, porque el incremento de la raza es peculiar de los hombres y sus habitantes en su condición natural. Aparte de esto, como aquí no se dice nada acerca de la remoción de los justos (del llevarse de la tierra a los buenos), es adecuado inferir que esta continuidad y ese quedar establecidos para siempre, es algo que va a suceder sobre la tierra. Esto es lo que se indica por el contexto completo.

El profeta ha estado hablando del tiempo cuando el Señor mismo edificará a Sión, y dice que este evento proseguirá a Su aparición en gloria, y a la perdición de aquellos destinados a la muerte, o, como la lectura marginal nos dice: “la perdición de los hijos de muerte”. Esto parece implicar

que la liberación de la humanidad completa de la esclavitud de corrupción será contemporánea con la edificación de Sión. En el verso 22 dice que se llevará a cabo “*Cuando los pueblos y los reinos se congreguen en uno para servir a Jehová*” (Sal. 102:22), lenguaje que parece adecuado solamente para el establecimiento de Su dominio sobre los hombres que estarán viviendo sobre la tierra en aquel entonces. Entonces, el profeta que escribió esto, como lamentándose de que él mismo había de morir antes de que estas cosas fuesen cumplidas, habla de su propia debilidad, cerrando con el texto que estamos estudiando. El profeta contrasta aquí la inmortalidad de Dios con la naturaleza perecedera del mundo actual, indicando que ésta es una prueba del poder de Dios para concederle su petición, así como argumentando que esa es la razón por la cual Dios ha de prolongar sus años. La conexión de este cambio con “**la gloriosa aparición del Señor**” y la resurrección de los muertos, muestra que el perecer aquí predicho será aquel que sucederá en el juicio final, mientras que el edificar a Sión, el “**congregarse las gentes y los reinos para servir al Señor**”, y la “**continuidad y el establecimiento de los hijos y de los hijos de los hijos de los que Le sirven**”, que también se encuentran ligados a este evento, muestran que este cambio, sin importar que tan grande sea, no afectará la perpetuidad de la tierra, porque enseña la existencia de Su reino sobre la tierra después de que este cambio se ha llevado a cabo.

En Isaías 24:19-20, la disolución de la tierra se describe en los siguientes términos:

“Será quebrantada del todo la tierra, enteramente desmenuzada será la tierra, en gran manera será la tierra conmovida.

Temblará la tierra como un ebrio, y será removida como una choza; y se agravará sobre ella su pecado, y caerá, y nunca más se levantará.”

La disolución de los cielos no se menciona aquí, y probablemente nadie considere a este pasaje como si enseñara en sí mismo acerca de la aniquilación de la tierra, aunque algunos, creyendo que eso es lo que se enseña en otros sitios, pudieran entenderlo como la confirmación de ese evento imaginario. Muchos suponen que es una descripción altamente figurativa de eventos pasados, pero las circunstancias que se mencionan favorecen más bien a la idea de que el profeta aquí tenía a la vista aquellos cambios que sucederán en la tierra de Judea en el momento de su restauración.

Parece ser la predicción de un violento terremoto, tal y como el que se describe en Ap. 16:17-20 (“...un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra... la gran ciudad fue dividida en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron... **y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados...**”), esto es de cuando el séptimo ángel derramó su copa en el aire (en el futuro), concluyendo con la tribulación que ha de preceder a la venida del Hijo del hombre. Los siguientes versos parecen determinar su conexión con tal período:

“Acontecerá en aquel día, que Jehová castigará al ejército de los cielos en lo alto, y a los reyes de la tierra sobre la tierra.

Y serán amontonados como se amontona a los encarcelados en mazmorra, y en prisión quedarán encerrados, y serán castigados [o, como la nota marginal lo dice: serán “hallados deficientes”, una expresión que implica que ellos nunca volverán a encontrar favor delante de Dios, que nunca serán restaurados a Su favor] después de muchos días.

La luna se avergonzará, y el sol se confundirá, cuando Jehová de los ejércitos reine en el monte de Sion y en Jerusalén, y delante de sus ancianos sea glorioso” (Is. 24:21-23).

El “ejército de los cielos en lo alto” es un lenguaje adecuado para referirse a los ángeles, y el hecho de distinguirlos de los reyes de la tierra muestra que ha de aplicarse a ellos. Si ellos han de ser juzgados al momento de esta disolución, este hecho determina que esta escritura está conectada al juicio final, porque el apóstol Judas dice:

“Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, **para el juicio del gran día.**” (Judas v.6).

El hecho de que serán juzgados en lo alto implica que Dios ejecutará venganza sobre ellos en los cielos, mientras que los malvados reyes de la tierra del futuro serán castigados aquí sobre la tierra, la cual será el lugar de su juicio (el mismo lugar que ellos devastaron con su maldad), mientras que luego dice que el reino del Señor será glorioso, lo que muestra que estos eventos son preliminares al establecimiento del mismo. La gloria que aquí se dice tendrá el reino del Señor, se dice que estará sobre “el monte de Sion y en Jerusalén, y delante de sus ancianos”, diferenciando de tal forma a los lugares y a la gente, y mostrando que ambos continuarán existiendo, y como ellos son parte de la tierra, necesariamente se concluye que la tierra no habrá sido completamente aniquilada en la previa disolución.

Isaías 34:4

“Y todo el ejército de los cielos se disolverá, y se enrollarán los cielos como un libro; y caerá todo su ejército, como se cae la hoja de la parra, y como se cae la de la higuera.”

La caída de las estrellas, y la huída o el pasar de los cielos como un pergamino cuando es enrollado, en Ap. 6:13-17, se dice que marcará el comienzo del gran día de la ira del Cordero, y en dos de los evangelios, la caída de las estrellas se dice que precederá a “**la venida del Hijo del hombre en las nubes del cielo, con poder y gran gloria**” para a juzgar al mundo:

“Y **las estrellas del cielo cayeron** sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento.

Y el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla; y todo monte y toda isla se removió de su lugar.

Y los **reyes de la tierra**, y los **grandes**, los **ricos**, los **capitanes**, los **poderosos**, y **todo siervo y todo libre**, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes;

y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de **la ira del Cordero**;

porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?” (Ap. 6:13-17).

Esa caída de estrellas desde el cielo hacia la tierra probablemente significa el arrojar al suelo a los principados y potestades que se encuentran bajo el dominio del príncipe del aire, y al hecho de que tarde que temprano todos ellos han de comparecer delante del tribunal de Cristo (y nosotros también vamos a juzgar a esos ángeles), para dar cuentas por haberse involucrado en los asuntos humanos.

“La indignación del Señor en contra de todas las naciones” también se dice que ocurrirá en los tiempos de esta disolución, y no vemos razón alguna del porqué este texto no haya de ser entendido como descriptivo de las circunstancias que rodearán a la venida de Cristo. Se deduce de un registro en particular acerca del juicio de la tierra de Edom (Idumea o Idumaea, tierra donde vivió Esaú, el velludo pelirrojo siempre celoso de su hermano Jacob o Israel, y así también su descendencia), la que después de esto se convierte en el escenario de tan horrible desolación, que si el lago de fuego y azufre ha de estar ardiendo sobre la tierra, y en el cual la bestia y el falso profeta serán arrojados, pensamos que ésta pudiera ser su localización.

“Y sus arroyos se convertirán en brea, y su polvo en azufre, y su tierra en brea ardiente. No se apagará de noche ni de día, perpetuamente subirá su humo; de generación en generación será asolada, nunca jamás pasará nadie por ella” (Is. 34:9-10).

La tierra de Edom es representada como continuando en este estado “para siempre” y “de generación en generación”, un hecho que enseña la perpetuidad de la tierra de Edom como el memorial de la indignación de Dios, y así significando que Dios no determinó la aniquilación de la tierra. Como estas sucesivas generaciones de hombres serán contemporáneas con esta desolación de Edom, esto también enseña la perpetuidad de la raza humana en su condición natural inmortal después del juicio (justo igual a la condición que tuvieron Adán y Eva antes de la caída). Esto se confirma en el capítulo siguiente, que parece ser una continuación del mismo tema, dando una descripción de la fertilidad del desierto, y de las bendiciones que gozarán las gentes que entonces habrán “regresado y llegado a Sión”.

Una disolución conectada con el juicio es descrita de nuevo en Isaías 51:6. Citamos desde el 5 para mostrar su conexión:

“Cercana está mi justicia, ha salido mi salvación, y mis brazos juzgarán a los pueblos; a mí me esperan los de la costa, y en mi brazo ponen su esperanza.

Alzad a los cielos vuestros ojos, y mirad abajo a la tierra; porque los cielos serán deshechos como humo, y la tierra se envejecerá como ropa de vestir, y de la misma manera perecerán sus moradores; pero mi salvación será para siempre, mi justicia no perecerá” (Is. 51:5-6).

Aquí, no encontramos nada que necesariamente implique la aniquilación de la tierra. Son los cielos, y la atmósfera, los que se dice que se desvanecerán, que “pasarán” como humo y nubes, y su espacio será llenado con una nueva atmósfera más vigorizante y compatible con la vida. Como en el texto relacionado en Salmos, se dice que la tierra se envejecerá **como una vestidura**, limitando a **la superficie terrestre** la idea de decadencia y de cambio. La renovación que probablemente le sigue a este cambio se encuentra prometida en el tercer verso, donde dice:

“Ciertamente consolará Jehová a Sion; consolará todas sus soledades, y cambiará su desierto en paraíso, y su soledad en huerto de Jehová; se hallará en ella alegría y gozo, alabanza y voces de canto” (Is. 51:3).

Ésta renovación también se menciona en el verso 16 como “una nueva creación”:

“Y en tu boca he puesto mis palabras, y con la sombra de mi mano te cubrí, extendiendo los cielos y echando los cimientos de la tierra, y diciendo a Sion: Pueblo mío eres tú” (Is. 51:16).

Los cielos y la tierra que se describen aquí son sin duda los prometidos “cielos nuevos y tierra nueva donde mora la justicia”, y Dios parece aquí cubrir a Su gente con la sombra de Su mano, con el fin de preservarlos cuando lo viejo se desvanezca o “pase”, de tal forma que ellos puedan heredar esta tierra nueva.

Las circunstancias inmediatamente conectadas con esta disolución también favorecen la idea de la restauración y la perpetuidad de la tierra, porque nos encontramos con un juicio aunado a ella, en el que “las islas esperarán en su Juez, y confiarán en Su brazo”, como si le buscaran para protegerles del peligro a su alrededor. La base de esta confianza parece ser el hecho de que “Su justicia está cerca, y Su salvación ya ha salido”. Esta declaración la hace el Juez mismo (“Cercana está mi justicia, ha salido mi salvación”, Is. 51:5), e introduce la noticia acerca del Juicio venidero (“mis brazos juzgarán a los pueblos”), y Su descripción de la disolución es seguida por la declaración: “Mi salvación será para siempre, y mi justicia no será abolida”. La destrucción advertida a los habitantes de la tierra se limita a los malvados (verso 8), donde es así contrastado con la seguridad de los justos:

“Porque como a vestidura los comerá polilla, como a lana los comerá gusano; pero mi justicia permanecerá perpetuamente, y mi salvación por siglos de siglos” (Is. 51:8)

Aquí, la frase “por los siglos de los siglos” se traduce en otras versiones como “de generación en generación”.

La justicia prometida, que aquí se dice que durará “para siempre”, parece ser diferenciada de la salvación, porque en el verso 5 se dice que la justicia está “cercana” mientras que la salvación “ya ha salido”. En el verso 6, se contrasta con el perecer de los cielos y de la tierra, y pudiera significar aquella restauración, o “enderezamiento” (aquí, el autor original del libro en inglés se inventa una palabra, como lo hiciera algunas veces el apóstol Pablo, tratando de explicar lo que está diciendo, la palabra es “*righted-up-ness*”), que se encuentra prometido en el verso 3. Pero como sea que sea, esa restauración no será abolida, y parece que será introducida inmediatamente después de la disolución, porque el Juez habla de ella como estando “cercana”, al estar anunciando el inminente juicio.

Al hablar de Su salvación como ya habiendo “salido”, probablemente se refiera a la provisión hecha mediante Cristo, e introducida por el evangelio, para la recuperación del hombre de su condición actual de ruina. Esto, declara el Señor que permanecerá “de generación en generación”, siendo contrastada la salvación con la destrucción del malvado y la promesa de la continuidad del justo habiendo sido revelada en el tiempo verbal futuro, muestran que las generaciones a las que esta promesa es dada serán aquellas que vivirán después de esta destrucción.

La frase “de generación en generación” (en la Reina Valera traducido como “por los siglos de los siglos”), si se toma en su sentido literal, implica la sucesión de generaciones. Que esta frase fue diseñada para ser entendida de tal forma parece evidente por la naturaleza de las bendiciones a

las que es aplicada, porque si esta salvación ha de ser conferida solamente para aquellos que han vivido antes de este periodo, y si la expresión “de generación en generación” es solamente una figura para significar la perpetuidad de la bendición, la figura entonces estaría en contradicción con el diseño de su uso, ya que, si las sucesivas generaciones no es a lo que aquí se refiere, si esas generaciones no se dan ni se cumplen, entonces la salvación anunciada tampoco se daría o se cumpliría durante esas generaciones sucesivas. Si esta promesa ha de ser tomada en su sentido literal, ella nos enseña tanto la perpetuidad de la tierra como la continuidad de la raza humana después de esta disolución en su cuerpo natural (e inmortal, como el de Adán y Eva antes de su Caída), porque es solamente sobre la tierra, y es solamente en esta condición (biológica) en la que los hombres se multiplican.

En Mt. 5:18, nuestro Salvador dice:

“hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido”

Esta expresión, aunque primeramente diseñada para enseñar la permanencia de la ley, también implica desvanecimiento futuro de los cielos y la tierra, y lo mismo se dice directamente en Mt. 24:35, en Mr. 14:31, y en Lc. 21:33, donde dice:

“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”

Al tiempo que Jesucristo dijo esto, él estaba describiendo su venida como el Hijo del hombre a juzgar al mundo, y aunque él no dice que esta disolución estará relacionada con su venida (o con su segunda estancia sobre la tierra, sitio que será su residencia permanente), sin embargo, aquí sin duda alguna se refiere a los cambios que estarán conectados con el juicio. Jesús contrasta la naturaleza agonizante de este mundo actual con la inmutabilidad de su palabra, en orden de mostrar más vívidamente la extensión y duración de su poder. En ésta, la declaración se asemeja a aquella del Salmo 102 en donde lo que parece es contrastado con la eternidad de Dios, y también con la de Is. 2:6, en donde el desvanecimiento es contrastado con la perpetuidad de la salvación y justicia de Dios, y no es improbable que nuestro Señor, al hacer esta afirmación, haga referencia al contexto bíblico que él conocía y que incluye dichas predicciones. Jesús inmediatamente procede a mostrar el carácter de ese juicio que él mismo ejecutará, sin hacer una alusión adicional a la creación física, dejándonos a nosotros el determinar esto por medio de nuestro fiel estudio de otras porciones de la Escritura que nos explican el significado preciso de ese “pasarán” del cielo y de la tierra mencionado por Jesús.

La disolución a continuación es mencionada en Heb. 1:10-12:

“Y:
*Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra,
Y los cielos son obra de tus manos.
Ellos perecerán, mas tú permaneces;
Y todos ellos se envejecerán como una vestidura,
Y como un vestido los envolverás, y serán mudados;*

*Pero tú eres el mismo,
Y tus años no acabarán.”*

Aquí se está citando al texto ya indicado en el Salmo 102, y como tal, es introducido por el apóstol bajo la inspiración del mismo espíritu que dictó el original, por lo que su significado aquí no puede ser diferente a su significado en su lugar original. Aunque todas las circunstancias que rodean a la perpetuidad de la tierra que se describe en los Salmos no se citan aquí en este último versículo, sin embargo, el “perecer” es llamado un “cambio”, y comparado con el doblar una vestidura.

Después de que varios textos han sido citados para mostrar la excelencia y dignidad del Hijo, quien es llamado “el heredero de todas las cosas”, éste Hijo es introducido para mostrar la permanencia de su herencia o reino, mediante el contraste del poder y duración de dicho Reino, contrastado con el carácter inestable de todo aquello que pertenece a este mundo presente.

En el siguiente capítulo, después de urgir la importancia de la diligencia para asegurar las bendiciones de su reino, Jesús muestra la dignidad de la herencia ofrecida mediante el testimonio que Dios le ha dado de los diversos poderes conferidos sobre sus herederos mediante el don de espíritu santo y la certeza de que el mundo venidero será puesto en sujeción bajo los hombres y no en sujeción bajo los ángeles.

Jesucristo dice que éste mundo venidero es aquel del que él está hablando, mostrando así que se trata del lugar del reino de Cristo, y entonces, refiriéndose al otorgamiento original de dominio que Dios le confirió al hombre al tiempo de la creación, reconoce la disminución de este poder como se tiene ahora en este mundo presente, pero representa al hombre como habiendo recibido una promesa de recuperar su plena posesión en el mundo venidero, en la gloria y honor con que Jesús ha sido coronado como premio porque obedeció hasta la muerte. El paralelo así trazado entre la condición del hombre en el mundo venidero, y aquella en la que fue colocado al momento de su creación, muestran que este “mundo venidero”, van a ser los cielos y la tierra renovados, e indica una restauración de la tierra a su orden inicial.

Si “el mundo venidero” significa los actuales cielos y tierra renovados por Dios para el Reino de Cristo, su Hijo amado, entonces, lo que aquí se predice no es su aniquilación, sino el cambio que corresponde a su renovación (como el revestirse de un nuevo ropaje elegante y majestuoso).

Luego, encontramos la disolución así predicha en 2 Pe. 3:3-13:

“...en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación. Estos ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua; pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años

como un día.

El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.

Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas.

Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir,

esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán!

Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia.”

Esta aterradorante descripción de los fuegos que anticiparán al juicio final se entiende frecuentemente como si fuera una conflagración universal simultánea de nuestro planeta, por medio de la cual una completa disolución de la masa total de la materia visible se llevará a cabo, de forma tal que no quedará rastro de su existencia. Así lo entiende el escritor teológico promedio, uno de ellos, después de describir el juicio, exageradamente dijo:

“Cuando el juicio termine, y lo que les corresponde a los ángeles y a los hombres haya sido determinado, fuego ardiente de la presencia del Juez encenderá a este gran globo con una conflagración universal. Todos los trabajos del hombre: ‘sus palacios, torres y templos, sus villas, pueblos y ciudades, su estupendo despliegue artístico, sus altivos cúmulos de grandeza, y sus vastas labores de defensa y dominio – ¡serán todos ellos encendidos en una gran llamarada y desaparecerán desvaneciéndose de la creación!’” Y la desolación no estará limitada a los trabajos del hombre. La tierra en la que se alzan las colinas y montañas, los valles y planicies, los lagos, los ríos y el océano – ¡serán convertidos todos ellos en un momento en una ruina ardiente! Los mismos elementos de los que se compongan se derretirán con un calor ardiente, y el mundo mismo, que por tanto tiempo fuera el asiento del pecado y la tristeza, será finalmente destruido. Mientras tanto, la llama llegará hasta los cielos visibles. Arriba, alrededor, y por debajo, una vasta acumulación de fuego rodeará a este globo que se disolverá, y con un gran ruido - un terrible sonido que llenará al universo, tanto los cielos inferiores como la tierra, huirán del rostro de aquel que se sienta en el trono, y no se encontrará lugar para ellos nunca jamás” (Referencia original de esta exagerada descripción del fin del universo también encontrada en *Google Books*: Timothy Dwight & Sereno Edwards Dwight. *The Final Judgment* (Sermon 166). *Theology; explained and defended, in a series of sermons*. Vol 4. 1829. P 447).

Esta es probablemente una representación adecuada de la creencia popular, pero ni siquiera se requiere de una comparación crítica de ambas para mostrar que difiere de aquella dada por del apóstol Pedro. En la última descripción (la de los Dwight), se dice que la conflagración será posterior al juicio; esto no se nos enseña en la primera descripción (la de Pedro), y es contraria a todas las otras descripciones del día del Señor que nos encontramos en la Biblia, porque en todo otro lugar se dice que el fuego precede de inmediato al juicio final.

En la descripción de los Dwight se presenta la conflagración como si fuera instantánea o universal, mientras que Pedro nos dice: “vendrá como ladrón en la noche, **en el cual**” (2 Pe. 3:10), indicando con ese “en el cual” que será durante algún tiempo o momento de “aquel día”, cuando “los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas”.

Tampoco el lenguaje del apóstol Pedro implica necesariamente que la conflagración será universal. Pedro pudiera haberse estado refiriendo solamente a aquella porción de los cielos y de la tierra en la que el Señor Jesús será visible (que es la que rodearán los servidores de Satanás en su intento por destruirla).

El apóstol no dice tampoco que la conflagración de los cielos y de la tierra será simultánea, sino solamente que ambas sucederán en El Día del Señor. La descripción posterior (la de los dos Dwight), predica la completa disolución de la masa terrestre; pero esto no es lo que el apóstol Pedro afirma, y es contrario al sentido del contexto del párrafo, en el que la destrucción final es comparada con aquella que causó el Diluvio (¿Acaso exterminó el Diluvio al universo entero o desbarató al planeta tierra? No!).

Pedro escribió:

Vendrán “burladores... diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación.

Estos ignoran voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua; pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos.” (2 Pe. 3:3-7).

Así que, como las aguas del Diluvio destruyeron solamente la superficie de la tierra con sus habitantes perversos, es justo inferir de esta comparación que los fuegos del último día se asemejarán al Diluvio en ese respecto, porque la semejanza ha de ser buscada en los resultados y no en el modo de operación.

Al predecir el Diluvio, Dios declaró que el final de toda carne había llegado, y que Él destruiría a la tierra con todos sus habitantes debido a que los hombres se habían vuelto universalmente corruptos.

El apóstol Pedro aquí nos dice: “los cielos y la tierra que existen ahora, **están reservados** por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de **la perdición de los hombres impíos**” (2 Pe. 3:7), como si su destrucción fuera el principal propósito del fuego. Pedro no enseña que el fuego dañará a nadie aparte de los impíos, tampoco enseña que los justos serán removidos de la tierra antes de la conflagración. Aún si llegara a ser universal, Dios es capaz de preservar a Su gente de ser dañada. La promesa de Dios a Israel es:

“Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti” (Is 43:2).

Esta promesa fue confirmada a los tres jóvenes a los que Nabucodonosor arrojó al horno, que en su ira había ordenado que fuera calentado siete veces más que lo normal. Dios es igualmente capaz de preservar a Su gente que pudiera encontrarse en el último día sobre la tierra, ilesa, en medio de la disolución de los elementos que les rodean.

Cuando Dios determinó destruir a la tierra con un diluvio, Dios dijo a Noé: “a ti he visto justo delante de mí en esta generación” (Gn. 7:1), y también le dijo: “hazte un arca de madera de gofer” (Gn. 6:14), y Noé preparó un arca para salvar a su casa. En dicha arca, Noé y su familia, y criaturas vivientes de todo tipo, fueron preservadas con vida durante el Diluvio, y cuando hubo terminado, salieron del arca siendo en casi todo aspecto esencialmente los mismos seres que cuando entraron, y sus descendientes continuarían ocupando la tierra y derivando su sustento de ella, en gran medida realizando actividades semejantes a las que sus progenitores hacían antes del Diluvio. ¿Porqué no ha de ser semejante lo que suceda después de la destrucción por fuego?

El agua, si es universal y suficientemente profunda como la del Diluvio, ciertamente que destruyó la vida del hombre de manera semejante a una destrucción por fuego. En un aspecto, ciertamente que asegurará una destrucción universal, porque las leyes que gobiernan al agua causaron que la tierra en su totalidad quedara sumergida dentro de ella, mientras que el fuego puede arder con la mayor intensidad en una parte de la superficie terrestre, y al mismo tiempo, otra porción pudiera permanecer totalmente sin daño, y si la oportuna advertencia es dada por Dios, Sus gentes pudieran escapar, como lo hizo Lot de las ciudades de las planicies, hacia lugares que permanecieron sin ser dañados. Así también con los cielos, una porción de la atmósfera pudiera ser afectada por los relámpagos y ser sacudida con truenos, hasta que todos los cielos ante nuestra vista presenten una escena de fuego y conmoción, y esto pudiera ser acompañado de los más destructivos efectos sobre la tierra, aún derritiéndose con un fuego ardiente, y aún así, nosotros sabemos que este fuego y tempestad pudieran ser no universales.

El descenso de Dios sobre el monte Sinaí fue acompañando por “fuego”, “oscuridad”, “tinieblas” y “tempestad”, “sonido de la trompeta”, y “la voz que hablaba... y tan terrible era lo que se veía, que Moisés dijo: Estoy espantado y temblando” (Heb. 12:18-21), y aún así, el peligro de todo esto se limitaba a la montaña, y límites definidos fueron establecidos, más allá de los cuales la gente estaría segura. Esto no será diferente de los terrores que acompañarán al juicio, porque el apóstol Pablo nos dice:

“La voz del cual conmovió entonces la tierra, pero ahora ha prometido, diciendo: Aún una vez, y conmovere no solamente la tierra, sino también el cielo.

Y esta frase: Aún una vez, indica la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las inmovibles.

Así que, recibiendo nosotros un reino inmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor” (Heb. 12:26-29).

Aquí nos encontramos con que, aunque otras cosas serán removidas mediante esta agitación de los cielos y de la tierra, el reino de Dios, en el cual Su gente recibe su herencia, permanecerá inmovible.

Esta perspectiva corresponde a la expectación de Pedro, quien exhorta a sus hermanos cristianos a estar “esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios” (2 Pe. 3:12), como si éste fuera un evento bastante deseable (no como el profeta que les dijo a los malvados de su tiempo que no anhelaran el día de Dios porque para ellos, éste sería juicio y tinieblas, más no luz).

Los Cristianos de la era actual que consideran al juicio como la terminación de las cosas terrestres no tienen ganas de que dicho juicio se aproxime. Ellos desearían primeramente ver a sus semejantes convertidos a Dios, y al Señor Jesús siendo recompensado con un mundo lleno de sujetos obedientes y complacientes. Este deseo parece no solamente natural, sino recomendable, y es uno que operará con tanta fuerza sobre los Cristianos de la era del futuro como opera sobre aquellos del presente.

Pedro, inspirado, hace una aclaración, diciendo como si él sospechara que alguno de sus oyentes pudiera llegar entender que él estaba enseñando acerca de la aniquilación de la tierra:

“Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2 Pe. 3:13).

Aquí tenemos la garantía de Dios de que, sin importar que tan tremenda pudiera ser esta destrucción, eso no interferirá con Su promesa anterior con respecto a la renovación del mundo, y si buscamos la promesa a la que aquí se refiere, encontraremos que contiene una descripción de cosas terrestres suficientemente detallada como para probar que la tierra del futuro de la que aquí se habla, no tan sólo es esta misma e idéntica esfera en la que habitamos ahora, sino que también estará llena de hombres con poderes y con capacidades semejantes a los nuestros, y como ahora lo hacemos nosotros, derivarán su sustento de la tierra. Como esta nueva tierra es una en la que “mora la justicia”, ha de sobrevivir al juicio, porque los burladores del último día ciertamente que no serán tolerados dentro del último o final Reino Sin Final.

Que la conflagración final no es universal y simultánea queda confirmado por otras porciones de la Escritura. En el Salmo 50 leemos:

*“El Dios de dioses, Jehová, ha hablado, y convocado la tierra,
Desde el nacimiento del sol hasta donde se pone.
De Sion, perfección de hermosura,
Dios ha resplandecido.
Vendrá nuestro Dios, y no callará;
Fuego consumirá delante de él,
Y tempestad poderosa le rodeará.
Convocará a los cielos de arriba,
Y a la tierra, para juzgar a su pueblo”* (Sal. 50:1-4).

Aquí, aunque la tierra es llamada “desde el nacimiento del sol hasta donde se pone”, sin embargo, el fuego y la tempestad parecen estar confinados a la inmediata presencia de Dios.

Sal. 11:6

*“Sobre los malos hará llover calamidades;
Fuego, azufre y viento abrasador será la porción del cáliz de ellos”*

Esto se dice que es solamente la porción de los malvados, y pudiera no ser derramada sobre ellos hasta que todos ellos se encuentren reunidos, bastante similar al juicio que en Ex. 38:22 y en Ap. 20:9 se dice que caerá sobre Gog y Magog.

Sal. 97:1-8

*“Jehová reina; regocíjese la tierra,
Alégrense las muchas costas.
Nubes y oscuridad alrededor de él;
Justicia y juicio son el cimiento de su trono.
Fuego irá delante de él,
Y abrasará a sus enemigos alrededor.
Sus relámpagos alumbraron el mundo;
La tierra vio y se estremeció.
Los montes se derritieron como cera delante de Jehová,
Delante del Señor de toda la tierra.
Los cielos anunciaron su justicia,
Y todos los pueblos vieron su gloria.
Avergüéncense todos los que sirven a las imágenes de talla,
Los que se glorían en los ídolos.
Póstrense a él todos los dioses.
Oyó Sion, y se alegró;
Y la hijas de Judá,
Oh Jehová, se gozaron por tus juicios.”*

El fuego que aquí se dice que va delante del Señor quema a Sus enemigos, y este parece ser su diseño principal, pero no existe nada en esta conexión que pudiera llevarnos a suponer que este fuego que va delante de Dios será universal. El derretirse de las colinas como cera ante Su presencia, pudiera ser ese incendio de la tierra mencionado por Pedro. Un derretimiento similar del Sinaí, en Jueces 5:5, se dice que acompañó al descenso de Dios sobre la montaña. Esta manifestación visible de Su gloria para la destrucción de Sus enemigos parece ser Su medio de establecer Su dominio sobre la tierra, porque no obstante los terrores que acompañarán Su presencia, la tierra, y particularmente la multitud de islas, son llamadas a regocijarse en Su reino.

El llamado a las islas a regocijarse muestra que este salmo se refiere a eventos subsecuentes a la introducción del evangelio entre los Gentiles, mientras que el regocijo de las hijas de Judá en estos juicios, prueba que éstas son cosas que aún no se cumplen.

Is. 66:15-16

“Porque he aquí que Jehová vendrá con fuego, y sus carros como torbellino, para descargar su ira con furor, **y su reprensión con llama de fuego.**
Porque Jehová juzgará con **fuego** y con su espada a todo hombre; y los muertos de Jehová serán multiplicados.”

Nada se dice aquí acerca de la destrucción de la tierra, y la amenaza está conectada a la promesa de restauración para Su gente, y con una garantía de que los nuevos cielos y la nueva tierra que Él hará, permanecerán por siempre delante de Él.

Dan. 7:9-12

“Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente.

Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él; el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos.

Yo entonces miraba a causa del sonido de las grandes palabras que hablaba el cuerno; miraba hasta que mataron a la bestia, y su cuerpo fue destrozado y entregado para ser quemado en el fuego.”

El fuego que aquí se dice que ha de acompañar al juicio, ciertamente que no se describe como si fuera una conflagración simultánea y universal, y existen circunstancias conectadas con esta descripción que demuestran que la tierra en ese momento no es inadecuada para la habitación del hombre.

Joel 2:30-32

“Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, y fuego, y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová.

Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo; porque en el monte de Sion y en Jerusalén habrá salvación, como ha dicho Jehová, y entre el remanente al cual él habrá llamado.”

Estos eventos se dice que ocurren en “aquellos días, y en aquel tiempo en que haré volver la cautividad de Judá y de Jerusalén” (Joel 3:1).

Malaq. 4:1-3:

“Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama.

Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada.

Hollaréis a los malos, los cuales serán ceniza bajo las plantas de vuestros pies, en el día en que yo actúe, ha dicho Jehová de los ejércitos.”

Esto, en el verso 5 es llamado “el día de Jehová, grande y terrible” (Malaq. 4:5), y parece probable que Pedro, cuando escribió su segunda epístola, tenía esta descripción en mente. Es también “el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos” (2 Pe. 3:7), porque los malvados se van a convertir en cenizas bajo los pies de los justos, una circunstancia que muestra que la destrucción y el triunfo son cosas que sucederán sobre la tierra. Que el fuego que consume

a los malvados no aniquila a la tierra, es evidente por el hecho de que Dios enviará a Elías antes de este día para preparar a Su gente para la segunda venida triunfal de Su Hijo (sobre la tierra), no sea que viniendo, (no encuentre a nadie y) castigue a la tierra con una maldición (lo que no va a suceder).

En Mt. 25:41, nuestro Salvador, después de describir la separación entre los justos y los injustos, se representa a sí mismo diciéndoles a éstos los últimos:

“Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles.”

Este es el único fuego que Jesucristo menciona en la larga descripción que les da de su venida para juzgar al mundo. Jesús dice que será un “fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles”, pero no dice que consumirá a toda la tierra.

Al explicar la parábola de la cizaña, Jesús también dice:

“De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo.

Enviaré el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes.” (Mt. 13:40-42).

Aquí, no se enseña que el mundo, del que todas las cosas ofensivas han de ser removidas, será consumido.

En 2 Tes. 1:7-9 leemos:

“y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder.”

Este se parece al fuego que, yendo “*delante de él*”, “*abrasará a sus enemigos alrededor*” (Sal. 97:3), el cual pudiera o no afectar a toda la tierra.

Estos son los únicos lugares en la Biblia, previos a la segunda epístola de Pedro, en donde se dice que el fuego está conectado con el juicio. Si han de ser usados para explicar su significado, ellos ciertamente que no nos presentan a Pedro como si enseñara una simultánea o universal combustión de los cielos y de la tierra.

El Apocalipsis, o libro de la Revelación de Jesucristo, contiene el último mensaje de Dios que tenemos registrado, y está lleno principalmente con el desarrollo de Sus designios con respecto al resultado de la misión de Cristo en el destino del mundo nuestro.

Los triunfos del Señor parecen estar reservados hasta el momento de su segunda venida (sobre la tierra). En Ap. 1:5-7, este triunfo parece haber sido presentado como el tema del libro:

“Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre,
y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén.

He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén.”

Cualquiera que sean las diferencias de opinión con respecto al significado de este libro, en general se estará de acuerdo en que muestra el triunfo final de Cristo y de su gente sobre sus enemigos en el juicio del mundo, y la bendición que posteriormente será disfrutada en su Reino glorioso sin fin. Si este triunfo es lo que se presenta en este libro, aquí podremos encontrar los terrores del día del Señor más plenamente descritos.

Los signos de la aproximación del final se presentan en Ap. 6:12-17 bastante semejantes a como se nos muestran en los evangelios, pero en este último libro no nos encontramos con una descripción de tal conflagración como la que generalmente se entiende que Pedro enseñó en su segunda epístola.

El toque de la trompeta del primer ángel se dice que está seguido de “granizo y **fuego** mezclados con sangre, que fueron lanzados sobre la tierra; y la tercera parte de los árboles se **quemó**, y se **quemó** toda la hierba verde” (Ap. 8:7). Esto no es la descripción de una conflagración universal simultánea de toda la tierra.

El toque del séptimo ángel se dice que termina con el tiempo, lo que suponemos que significa que se acabó el período de tiempo que precede al juicio final. Esto se acompaña de la frase “y hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande granizo” (Ap. 11:19), y también de una declaración de adoración a Dios:

“Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder, y has reinado.

Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra.” (Ap. 11:17-18).

Esto se asemeja bastante al fuego y tempestad que, en el Salmo 50, se dice que acompaña a la venida del Señor al juicio, pero aquí no hay ninguna alusión a que toda la tierra será quemada.

El derramamiento de la cuarta copa se dice que le da poder al sol para quemar a los hombres con fuego, y se dice que los hombres son quemados con gran calor. Allí no se dice que la tierra será quemada, pero este pudiera ser el efecto natural de semejante poder dado al sol.

El calor más intenso al que estamos acostumbrados es producido por una concentración de rayos solares, y tal estado de la atmósfera como el que aquí se describe, será acompañado de la destrucción de la vida vegetal, y la destrucción de muchas de las obras del ingenio humano

(arquitectura, ingeniería, etc.), pero no encontramos nada más en este libro del Apocalipsis que se asemeje a esa quemazón generalizada de toda la tierra.

Las copas o cálices (de la ira de Dios) se dice que contienen “las siete plagas postreras; porque en ellas se consumaba la ira de Dios” (Ap. 15:1). Como otros juicios son posteriormente infligidos sobre los malvados, las plagas que aquí se mencionan probablemente se refieran a la gran tribulación que ha de preceder la venida de Cristo. Esto lo deducimos del hecho de que el derramamiento del séptimo cáliz o copa es precedido por la declaración del Señor: “He aquí, yo vengo como ladrón” (Ap. 16:15), la cual es una advertencia a su gente para que estén velando, totalmente preparados para este evento, y también para la reunión o congregación de sus enemigos para la batalla del gran día. Y también es seguida por el abrir de los cielos, y la aparición del Señor con sus ejércitos procedentes del cielo para tomar su venganza sobre todos aquellos que estarán reunidos (en la congregación de los impíos). Este cáliz, que se dice contendrá la última plaga, fue derramado en el aire, siendo acompañado por “una gran voz del templo del cielo, del trono, diciendo: Hecho está” (Ap. 16:17), como si alguna gran obra hubiera sido consumada en ese mismo instante.

“Entonces hubo relámpagos y voces y truenos, y un gran temblor de tierra, un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra.

Y la gran ciudad fue dividida en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron; y la gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira.

Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados.

Y cayó del cielo sobre los hombres un enorme granizo como del peso de un talento; y los hombres blasfemaron contra Dios por la plaga del granizo; porque su plaga fue sobremanera grande” (Ap. 16:18-21).

Si esta no es la disolución de la que Pedro nos habla, al menos parece corresponder a la profecía que nos encontramos en el libro de Hebreos: “Aún una vez, y conmoveré no solamente la tierra, sino también el cielo” (Heb. 12:26), y mediante tal conmoción, las cosas que son inadecuadas o impropias para el reino de Dios serán removidas.

La destrucción no solamente parece ser bastante más generalizada que cualquiera otra descrita en el libro, también parece ser la última expresión de la indignación de Dios en contra del mundo físico. La Gran Babilonia ahora está convertida en un lugar de fuego constante, y la bestia y el falso profeta son tomados poco después y arrojados vivos al lago del ardiente fuego y azufre, que parece ser el lugar del que se habla en Mateo como habiendo sido preparado para el diablo y sus ángeles.

Los ejércitos de Gog y Magog son después de esto también destruidos mediante fuego que descende del Dios del cielo. Estos son los únicos fuegos descritos en este libro, ya sea en el cielo o en la tierra durante el periodo del Apocalipsis.

La escena que cierra el juicio está acompañada por “un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos” (Ap. 20:11). Algunos pudieran suponer que esta huída de la tierra y del cielo es descriptiva de los efectos de la conflagración final, pero aquí no se menciona al fuego como si fuera el agente

mediante el cual este cambio o “huída” ocurre, y como el malvado parece ya haber sido destruido de la tierra, no se dice que es una destrucción adicional de humanos malvados durante este evento, por lo que estamos inclinados a pensar que esta huída o, en labios de Cristo, este “pasarán” del cielo y la tierra, no se lleva a cabo mediante fuego, sino que se refiere a ese cambio en la tierra mediante el cual su restauración de la maldición será perfeccionada, y que las circunstancias de este cambio serán de tal forma ordenadas por el Señor, como para no dañar la seguridad de Sus habitantes.

Se dice que serán reemplazados por nuevos cielos y nueva tierra, en la que no habrá mas océano, una circunstancia que muestra que el cambio a llevarse a cabo será bastante grande, pero que también prueba que esta nueva tierra será el mismo globo que ahora habitamos, renovada con la capacidad necesaria para soportar una mucho más numerosa población que la que nunca antes hubo sostenido.

La idea de que este “pasar” o “huir” de la tierra no destruye a sus habitantes se confirma por el hecho de que, después de la restauración de Israel, esta gente continuará para siempre habitando con seguridad en su propia tierra:

“Así ha dicho Jehová el Señor: He aquí, yo tomo a los hijos de Israel de entre las naciones a las cuales fueron, y los recogeré de todas partes, y los traeré a su tierra; y los haré una nación en la tierra, en los montes de Israel, y un rey será a todos ellos por rey; y nunca más serán dos naciones, ni nunca más serán divididos en dos reinos.

Ni se contaminarán ya más con sus ídolos, con sus abominaciones y con todas sus rebeliones; y los salvaré de todas sus rebeliones con las cuales pecaron, y los limpiaré; y me serán por pueblo, y yo a ellos por Dios.

Mi siervo David será rey sobre ellos, y todos ellos tendrán un solo pastor; y andarán en mis preceptos, y mis estatutos guardarán, y los pondrán por obra.

Habitarán en la tierra que di a mi siervo Jacob, en la cual habitaron vuestros padres; en ella habitarán ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos para siempre; y mi siervo David será príncipe de ellos para siempre.

Y haré con ellos pacto de paz, pacto perpetuo será con ellos; y los estableceré y los multiplicaré, y pondré mi santuario entre ellos para siempre.

Estará en medio de ellos mi tabernáculo, y seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo.

Y sabrán las naciones que yo Jehová santifico a Israel, estando mi santuario en medio de ellos para siempre.” (Ez. 37:21-28).

No hay duda de que el estado de cosas que aquí se describen comenzará en la tierra actual, porque los Israelitas han de ser reunidos por Dios de entre las naciones dentro de las cuales aún se encuentran esparcidos (o desparramados), y se les enseñará a los gentiles el conocimiento de Dios, ya que Él establecerá Su santuario en medio de Su pueblo. Es también evidente que se extiende hacia la nueva tierra, a no ser que se pueda comprobar que el “para siempre” de Ez. 37:28 no significa ‘para siempre’.

El hecho de que Dios conecte un **pacto** de paz **eterno** o sin final a estas promesas, difiere de la creencia de que el “para siempre” aquí tiene un significado limitado, porque aún los hombres, al hacer contratos, tienen el mayor cuidado de usar el lenguaje de una forma definida, y es poco

razonable el suponer que Dios, al hacer un pacto con Su gente, use la palabra “para siempre” cuando quiso haber dicho algo así como durante unas pocas o unas cuantas generaciones.

Lo mismo parece que se nos enseña en Joel 3:16-21:

“Y Jehová rugirá desde Sion, y dará su voz desde Jerusalén, y temblarán los cielos y la tierra; pero Jehová será la esperanza de su pueblo, y la fortaleza de los hijos de Israel. Y conoceréis que yo soy Jehová vuestro Dios, que habito en Sion, mi santo monte; y Jerusalén será santa, y extraños no pasarán más por ella.

Sucedirá en aquel tiempo, que los montes destilarán mosto, y los collados fluirán leche, y por todos los arroyos de Judá correrán aguas; y saldrá una fuente de la casa de Jehová, y regará el valle de Sitim.

Egipto será destruido, y Edom será vuelto en desierto asolado, por la injuria hecha a los hijos de Judá; porque derramaron en su tierra sangre inocente.

Pero Judá será habitada para siempre, y Jerusalén por generación y generación.

Y limpiaré la sangre de los que no había limpiado; y Jehová morará en Sion.”

Entonces, lo que sea que haya de ser el efecto en el resto del mundo de este “huir” o “pasar” del cielo y de la tierra, consideramos que estas promesas que leemos en Ezequiel y en Joel nos enseñan inequívocamente que después de que los Israelitas hayan sido restaurados por Dios a su país, y Dios haya colocado Su santuario en medio de ellos, no habrá mas devastación en esa tierra.

En los siguientes textos, la perpetuidad de la tierra es directamente afirmada:

*“Edificó su santuario a manera de eminencia,
Como la tierra que cimentó para siempre” (Sal. 78:69).*

*“El fundó la tierra sobre sus cimientos;
No será jamás removida” (Sal. 104:5).*

“Generación va, y generación viene; mas la tierra siempre permanece” (Ecl. 1:4).

Aquí tenemos tres declaraciones categóricas de que la tierra permanecerá para siempre, y estará habitada por seres humanos, a no ser que algo en la estructura o lenguaje original de estos pasajes limite el significado del “para siempre” a un periodo definido, o que esta limitación sea necesaria para armonizar estos textos con otras porciones de la Escritura. Sin embargo, no vemos la razón del porqué no hayan de ser entendidas en su significado llano y literal.

Is. 45:17-18:

“Israel será salvo en Jehová con salvación eterna; no os avergonzaréis ni os afrentaréis, **por todos los siglos.**

45:18 Porque así dijo Jehová, que creó los cielos; él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y **la compuso; no la creó en vano, para que fuese habitada la creó:** Yo soy Jehová, y no hay otro.”

Las palabras “la compuso” en otras versiones se traducen como “la estableció”. Aquí nos encontramos con una promesa de que Israel disfrutará del favor de Dios “por todos los siglos” (que en otras versiones como la *King James* en inglés lo traducen como “*world without end*”, o sea “por un **mundo sin final**”). En ese contexto, Dios está diciendo que la salvación que Él les da es una “salvación eterna”, y que ellos no se avergonzarán ni se afrentarán cuando vivan en un mundo sin final, es decir “**por todos los siglos**”. La razón que Dios da para esto muestra que el mundo sin final al que aquí se refiere Dios es esta tierra en la que hoy habitamos.

La razón es que es Él, el mismísimo Dios que formó a la tierra, y la hizo, y la compuso o estableció, El que lo promete, y nos dice que Él no formó a esta tierra en vano (no la formó para que estuviera desolada y vacía), sino que **la formó para que fuera habitada**. Esto no solamente nos enseña la perpetuidad de la tierra, sino que indica que Dios, cuando creó al mundo, lo diseñó para que fuera habitado para siempre por el hombre (y hay que tener en cuenta que esos pensamientos los tuvo Dios antes de la creación y de la caída del hombre).

Quizás nadie dudará de que si Adán nunca hubiera pecado, nuestra raza habría continuado heredando la tierra y multiplicándose por toda la eternidad. Si ese era el propósito de Dios en la creación, ¿acaso no la declaración de que Dios “**no la creó en vano**,” sino que “**para que fuese habitada la creó** (o “formó”, como aquí dicen otras versiones)”, acaso eso no garantiza en sí mismo que este propósito aún ha de ser consumado?

La caída del hombre, aunque empañó la obra de Dios, no pudo haber alterado sus propósitos originales, ya que, ¿porqué habría Él, quien no solamente posee todo el poder en Sus manos para llevar a cabo Su voluntad, sino que también observa el final desde el principio, porqué habría Dios, decimos, de tolerar que Su propósito quedara totalmente frustrado por las artimañas del diablo y por la debilidad de la mujer? Dios ciertamente era tan capaz de refrenar al diablo en Edén como lo es hoy, o como lo será cuando comisione a Su ángel a atarlo y arrojarlo en el pozo más profundo (durante mil años).

Pero Dios jamás interfiere con la libre voluntad del hombre como para automáticamente haber preservado la integridad de la mujer (cual si ésta hubiera sido un robot), o como ahora que normalmente Dios no interfiere para nada con la libre voluntad del pecador, a quien Dios quisiera que se corrigiera del error de sus caminos; tampoco interfiere Dios con la libre voluntad del Cristiano para que éste siga libremente por el camino de la obediencia.

Si el diseño original de Dios era el de perpetuar al hombre a través de las edades eternas sobre la faz de la tierra, eso no hubiera sido inconsistente con su designio de haber permitido que nuestros primeros padres hubieran sido tentados para pecar, y que la raza entera hubiera sido condenada a probar, como por un instante (comparado con la eternidad que nos espera), los frutos amargos de la rebeldía contra Dios. Esto pudo haber sido permitido de tal forma que la experiencia del mal que resultó del pecado, en las edades futuras, opere en la raza recuperada, siendo motivo de obediencia.

Si al momento del juicio, la porción de la humanidad que entonces esté viviendo sobre la tierra, en vez de ser o transfigurada o destruida, sea liberada de la maldición y tenga restauradas las

bendiciones perdidas por culpa de la Caída, teniendo a los santos glorificados reinando en ese futuro sobre la tierra, los sufrimientos que ellos experimentaron en esta vida presente pudieran ser parte necesaria para esa disciplina mediante la cual éstos santos glorificados serán competentes para este gobierno (porque hay que recordar que el libre albedrío o voluntad es algo que por siempre continuará; esa libertad de pensar, de hablar y de actuar continuará por siempre).

Esto habrá logrado que aún la caída del hombre produzca un beneficio final para el mundo, y mediante el haber permitido Dios que el más grande mal haya contribuido hacia el más grande bien, esto exhibe la desbordante sabiduría de los diseños de Dios.

Pero el haber permitido que el mundo que Dios creó, hizo y formó “**para que fuese habitado**”, quedara casi desde el principio estropeado, atrofiado o enturbiado por el pecado, y eso también, por la cabeza de la raza para la cual había sido creado, aunque era el único varón en el mundo, y en un estado de relativa ignorancia con respecto a los resultados de su transgresión.

Para luego permitir Dios que el sufrimiento por los efectos perversos de tal transgresión se acumularán hasta el final de la raza humana, para entonces entregar el mundo a una destrucción total, eso parecería como si aparentemente hubiera frustrado por completo con el propósito inicial de Dios, y como si el mundo hubiera sido hecho en vano, a no ser que Dios haya declarado expresamente que esta última era su determinación. Parece más bien como si se le acusara a Dios de imprudencia o necedad si es que acabara de tal forma con la humanidad, con las cosas terrestres, y con la tierra misma. En los textos que hemos visto, pensamos que Dios expresamente niega tal perspectiva tan desoladora.

El registro inspirado de la creación también indica el propósito de su perpetuidad, porque se dice que cuando Dios terminó el mundo, Él lo contempló y dijo que todo estaba como Él lo deseaba, que todo había quedado bien (Gn. 1:10, 12, 18, 21, 25, 31). Gn. 1:31 nos dice:

“Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera. Y fue la tarde y la mañana el día sexto.”

¿Cómo pudiera el omnisciente (el *All-wise* en inglés) y misericordioso Creador considerar al mundo con tal satisfacción (Dios dijo que todo en el mundo era bueno), si la maldición que Él sabía que muy pronto iba a arruinar gran parte de su belleza, al final iba a lograr que todo fuera consumido mediante su aniquilamiento o arrasamiento?

Así como Dios había previsto la recuperación del hombre de su condición caída, no vemos razón de que Dios no tenga también un plan para la recuperación de la tierra, heredad del hombre.

Si por la debilidad y el pecado del primer Adán quedó el mundo sujeto bajo maldición, es natural esperar que la fortaleza y santidad del segundo Adán, quien es Jesucristo, lo restaurará; le ha sido dada a Jesús por parte del Padre Todopoderoso como herencia, y durante su breve morada aquí en la tierra, Jesús manifestó un poder sobre todas las cosas creadas no solamente suficiente como para llevar a cabo su trabajo, sino en conformidad con los designios de Dios.

Si el Creador infinito, cuando hubo completado nuestro mundo después de haber evaluado Su obra, dijo que todo era muy bueno, su restauración a su estado de perfección original no nos parece que esté más allá de la dignidad de nuestro Redentor.

Esta restauración de la tierra mediante Cristo parece ser lo que se nos enseña en Isaías 49:8:

“Así dijo Jehová: En tiempo aceptable te oí, y en el día de salvación te ayudé; y te guardaré, y te daré por pacto al pueblo, para que restaures la tierra, para que heredes assoladas heredades”

“Restaurar” en otras versiones se traduce como “establecer”. Este lenguaje Dios se lo dirige específicamente al “Santo suyo, al menospreciado de alma, al abominado de las naciones, al siervo de los tiranos” (Is. 19:7), características todas ellas que determinan que la persona aquí mencionada es no otra que nuestro Señor, Jesús de Nazaret.

Jesucristo es comisionado por Dios, no solamente para actuar como el Redentor de su gente, sino también para “establecer” o “restaurar”, o como la lectura marginal nos dice, para “levantar, alzar, o elevar” a la tierra, “para que heredes assoladas heredades”. Esto muestra que Jesús va a poner en libertad a la tierra (de la esclavitud de corrupción, lo que nos recuerda en Romanos que la creación toda gime, hasta que sea liberada a la libertad gloriosa de los hijos de Dios).

Así como Jesús vino a liberar al hombre de la maldición, así libraré a la creación completa, y si Jesús ha sido designado a destruir las obras del diablo, ya que debido a las artimañas del diablo la tierra cayó bajo maldición, su restauración parece ser necesaria para lograr este objetivo.

El siguiente verso proporciona la razón del porqué Jesús ha de ser quien logre “establecer” o “levantar” a la tierra. Es para que él pueda decir “a los presos: Salid; y a los que están en tinieblas: Mostraos.” (Is. 49:9), implicando que es necesario que la tierra sea restaurada, y que las desoladas heredades sean recuperadas para dar cabida a los redimidos todos, quienes:

“en los caminos serán apacentados, y en todas las alturas tendrán sus pastos. No tendrán hambre ni sed, ni el calor ni el sol los afligirá; porque el que tiene de ellos misericordia los guiará, y los conducirá a manantiales de aguas” (Is. 49:9-10).

Esta descripción de las bendiciones a ser conferidas sobre aquellos a los cuales Jesucristo mismo libraré, muestra que la condición de la nueva tierra va a ser superior a cualquier cosa que se nos haya enseñado que el hombre puede alcanzar y disfrutar en este mundo antes del “día del juicio y de la perdición de los hombres impíos” (2 Pe. 3:7).

Prov. 2:20-22:

“Así andarás por el camino de los buenos,
Y seguirás las veredas de los justos;
Porque los rectos habitarán la tierra,
Y los perfectos permanecerán en ella,
Mas los impíos serán cortados de la tierra,
Y los prevaricadores serán de ella desarraigados.”

Este mismo sentimiento se repite varias veces en el Salmo 37:

*“No te impacientes a causa de los malignos,
Ni tengas envidia de los que hacen iniquidad.
Porque como hierba serán pronto cortados,
Y como la hierba verde se secarán.
Confía en Jehová, y haz el bien;
Y habitarás en la tierra, y te apacentarás de la verdad.”* (Sal 37:1-3).

“Y te apacentarás de la verdad”, en otras versiones se traduce como: “y de cierto serás alimentado” (por ejemplo, en el inglés de la *King James* dice: “*and verily thou shalt be fed*”, como diciendo: “y de verdad que serás alimentado o apacentado”).

*“Porque los malignos serán destruidos,
Pero los que esperan en Jehová, **ellos heredarán la tierra.**
Pues de aquí a poco no existirá el malo;
Observarás su lugar, y no estará allí.
Pero los mansos heredarán la tierra,
Y se recrearán con abundancia de paz.”* (Sal 37:9-11).

*“Porque los brazos de los impíos serán quebrados;
Mas el que sostiene a los justos es Jehová.
Conoce Jehová los días de los perfectos,
Y la heredad de ellos será para siempre.
No serán avergonzados en el mal tiempo,
Y en los días de hambre serán saciados.
Mas los impíos perecerán,
Y los enemigos de Jehová como la grasa de los carneros
Serán consumidos; se disiparán como el humo.
El impío toma prestado, y no paga;
Mas el justo tiene misericordia, y da.
Porque **los benditos de él heredarán la tierra;**
Y los malditos de él serán destruidos.”* (Sal 37:17-22).

*“Apártate del mal, y haz el bien,
Y vivirás para siempre.
37:28 Porque Jehová ama la rectitud,
Y no desampara a sus santos.
Para siempre serán guardados;
Mas la descendencia de los impíos será destruida.
Los justos heredarán la tierra,
Y vivirán para siempre sobre ella.”* (Sal 37:27-29).

***“Espera en Jehová, y guarda su camino,
Y él te exaltará para heredar la tierra;
Cuando sean destruidos los pecadores, lo verás.”*** (Sal 37:34).

Nuestro Salvador confirma que la heredad de la tierra ha sido entregada a los mansos de todos los tiempos y edades, ya que en Mt. 5:5 dice:

“Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.”

Jesucristo probablemente está citando al Salmo 37, y al hacerlo, le da su testimonio de verdad.

No es necesario para nosotros el probar que esta herencia prometida de la tierra aún no le ha sido conferida al manso o al justo, porque esto es evidente para cualquiera que tiene conocimientos de “historia”. También es cierto y es fácilmente demostrable que el malvado aún no ha sido cortado de sobre la faz de la tierra, ni el transgresor aún ha sido desarraigado de ella (como la yerba mala, como la cizaña), y se nos enseña que esto solamente sucederá al final de los tiempos.

Nuestro Salvador, en su parábola de la Cizaña, expresamente afirma que el ser humano bueno y el malo, que el justo y el malvado han de crecer lado a lado hasta el final de los tiempos, y que entonces, y no antes, sino hasta ese entonces, “enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego” (Mt. 13:41-42), y Jesús agrega que “**entonces** los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre” (Mt. 13:43).

Si este reino, en el cual los justos resplandecerán como el sol, es el mismo del cual los impíos van a ser desarraigados y amontonados para destrucción, entonces debe este Reino de ser un reino sobre la tierra, porque los malvados no son de ninguna manera admitidos a entrar al Reino de Cristo.

El trabajo aquí designado a los ángeles parece mucho como el de “desarraigar de la tierra a todo transgresor”, y “cortar la simiente de los malvados”.

La herencia de la tierra, que es dada a los justos cuando la simiente de los malvados sea cortada, se dice que será “para siempre”, y se dice que ellos han de “habitar en ella por siempre”. Si estas promesas se han de tomar literalmente, y nuestro Salvador nos enseña que los malvados han de compartir la tierra con nosotros hasta el fin del mundo, o era, hasta la conclusión del juicio final, todas estas cosas prueban contundentemente que la tierra no solamente será perpetuada después de esta era, edad, o etapa, sino que continuará siendo habitada por hombres. El justo que “*espera en Jehová, y guarda su camino*”, a él Dios lo “*exaltará para heredar la tierra*” y dice Dios que “*cuando sean destruidos los pecadores*” tú, oh justo de todos los tiempos, “*lo verás*”! (Salmo 37:34).

Y ya que esta promesa no se limita a ninguna porción específica de aquellos que esperan en el Señor, sino que parece incluir a Su gente de todos las tiempos, esto implica la resurrección de todos aquellos que hayan muerto previamente, antes de esta tan anticipada destrucción de los malvados, porque ¿de qué otra manera podrán los justos que han muerto dar testimonio de la

veracidad de esta profecía, o de lo que ha de suceder sobre la tierra a no ser que sean levantados para vivir de nuevo?

Esta promesa de herencia, dada a todos los justos y mansos, ha sido igualmente entregada a todos los que habrán mantenido ese carácter de justicia y de mansedumbre para con Dios en cualquier era de la humanidad. Esta es una circunstancia conectada a estas promesas que confirma la premisa de que el futuro dominio prometido a los santos será un Reino sobre la nueva tierra.